

TEXTOS FUNDACIONALES

Religiosas de la Asunción

1994

INTRODUCCIÓN DE SOR CLARE TERESA



La publicación de este compendio de textos fundacionales de nuestra Congregación es todo un movimiento de profundización del carisma original de la Asunción recibido por María Eugenia y del que nosotras, Religiosas de la Asunción, somos herederas.

Desde 1970, podemos decir que la Congregación se ha comprometido a volver a las fuentes del carisma, para experimentar el amor que captó a María Eugenia y la inspiración que la alentó para fundar las Religiosas Agustinas de la Asunción en el siglo XIX; y esto a fin de refundar la Congregación, por decirlo así, en el siglo XXI. Pretendemos comprender cuál fue su experiencia espiritual y su idea así como los motivos de sus opciones y de sus decisiones, cuando ella y las primeras Hermanas de la Asunción elaboraron y vivieron el proyecto que habría de definir nuestro espíritu.

La Madre Marie Denyse había iniciado ya esta indagación, a través de sus respuestas a las urgencias apostólicas, en vísperas del Concilio Vaticano II, y a través del análisis de nuestra espiritualidad de contemplación, fuente de acción en el mundo actual, volvió a revisar ella misma los escritos de la Madre María Eugenia y de la Madre Thérèse Emmanuel con el fin de actualizar la llama apostólica de la Congregación y de renovar su vigor espiritual.

En 1970, con ocasión del Capítulo General, puso los cuarenta volúmenes de la correspondencia de la Madre María Eugenia a la disposición de las capitulares. Estas cartas nos hicieron comprender mejor su idea social y educativa y, por tanto, nuestros discernimientos.

Pero, durante el mandato de la Madre Hélène Marie, fue cuando los archivos de la Congregación en Auteuil se organizaron para abrirlos a las hermanas y al público. Las hermanas archiveras, Sor Jeanne Marie y Sor Thérèse Maylis, comenzaron a preparar la publicación de los documentos, especialmente las cartas; escribieron monografías y estudios que han

proporcionado a las hermanas acceso directo a María Eugenia y a los orígenes de la Congregación. Debemos a Sor Thérèse Maylis el haber realizado la enorme obra básica de las introducciones a los textos del presente volumen.

El año de la Beatificación de la Madre María Eugenia, 1975, los Padres de la Asunción, en Capítulo General, acordaron devolver a las Religiosas de la Asunción las cartas autógrafas de la Madre María Eugenia al Padre d'Alzon. Al cumplir la Congregación 150 años, sentimos la necesidad de dar a conocer a los seglares, más ampliamente, las ideas y la espiritualidad de la Madre María Eugenia, poniendo a su disposición nuestros escritos y nuestros documentos.

Podemos decir, por tanto, que este compendio es el fruto de veinte años de experiencia, durante los cuales se establecieron progresivamente, los documentos que había que considerar como fundamentales o fundacionales, es decir, los que encierran, en germen, las intuiciones y las ideas que se desarrollaron en la vida de la Asunción a través de los tiempos.

La lista de estos documentos fue establecida por votación en el Capítulo General de 1988. Este mismo Capítulo definió lo que debemos entender por textos fundacionales: Son «... escritos en los cuales la Madre María Eugenia formuló, desde los inicios de la fundación, o bien después, el carisma». Principalmente son cartas, instrucciones de capítulo y constituciones en sus diferentes redacciones, textos en los que la Madre María Eugenia expresa su pensamiento, la razón de ser de la fundación, los elementos esenciales de nuestra forma de vida, el espíritu, la espiritualidad de la Congregación (1). A estos textos se han unido también otros que no son de la Madre María Eugenia, pero que ella misma consideraba como fundamentales, tales como

(1) Hago una distinción entre espíritu y espiritualidad. Podemos decir que el espíritu es la base de ideas, de disposiciones y de valores prioritarios que expresan el sentido profundo de nuestro instituto y orientan su acción. Cuando hablamos de la espiritualidad de la Asunción, hablamos del conjunto de las doctrinas teológicas, de las virtudes y de los valores prioritarios así como de prácticas que son para nosotras como una escuela y que nos abren un camino en el espíritu, una manera de seguir a Cristo. Éste es el camino espiritual de María Eugenia.

la Regla de San Agustín y la Introducción a las Constituciones del Padre Combalot.

Hay, finalmente, en los Archivos, un cierto número de documentos que completan nuestro conocimiento de la génesis de la Congregación: extractos de cartas, notas de conversaciones, formulaciones diversas sobre la finalidad de la Congregación... Considerando que estos textos no tenían la misma autoridad que los «textos fundacionales», el Capítulo General de 1988 ha preferido dejarlos para otro compendio posterior, titulado, por ejemplo, «En torno a la Fundación».

Con la presente publicación, se ponen los textos de la fundación al alcance de todas las hermanas; es nuestro patrimonio común del que somos responsables ante la Iglesia y ante el mundo. Ojalá que este libro nos pueda ayudar a asimilar la savia del carisma de modo que lo hagamos vivir en nuestras comunidades y en las múltiples culturas e iglesias locales, en donde la Asunción está hoy implantada a través del mundo. Ojalá sea como un espejo en el que encontremos reflejada la realidad de nuestro mundo contemporáneo, y en el que podamos leer nuestra experiencia a la luz de la Madre María Eugenia. Que estos textos nos impulsen a la audacia de la creación y a la humildad de la dependencia de Dios solo, en el servicio del Reino.

*Sor Clare Teresa, r.a.
Superiora General*

Auteuil, 29 de junio de 1991

INTRODUCCIÓN A LAS CONSTITUCIONES por el Padre Combalot (1839 - 1840)

¿Cuál ha sido el origen de esta introducción?

Desde las primeras líneas, el Padre se expresa así:

«Me han pedido Vds., mis muy queridas hijas en Jesucristo, un proyecto de Constituciones que les ayude a alcanzar el fin que se han propuesto al congregarse».

Y en los «Orígenes» leemos, respecto al Padre Combalot:

«Nos había dado como base la Regla de San Agustín, adoptada por tantas familias religiosas; pero hacía falta aplicarla a nuestra vida, desarrollarla por medio de unas Constituciones propias de nuestro Instituto. El Padre Combalot hizo preceder a estas Constituciones de una Introducción notable, tanto por su fondo como por su forma: es quizás lo más bello que él haya escrito.» (Cfr. «Orígenes», Vol I, pags. 335-336. Edición Francesa, año 1903) (1)

Los textos:

Los Archivos no poseen ningún manuscrito del Padre Combalot, pero conservan cuatro ejemplares copiados por las hermanas:

- *Dos son de mano de la Madre María Eugenia, de la Madre Thérèse Emmanuel y de Sor Marie Agustine o (y) de Sor Marie Thérèse, como si hubieran copiado un texto una tras otra, con retoques de mayor o menor importancia.*

(1) A este juicio sobre la Introducción, hemos de añadir este otro de Monseñor Ricard, autor de un libro sobre el Padre Combalot (*): «Es una página soberbia, como hubieran podido escribirla los Ambrosios o los Jerónimos,... digna de figurar junto a las obras maestras de los grandes fundadores de la vida religiosa. Hay en ella consideraciones inspiradas en las necesidades de la educación contemporánea, tan extrañamente desviada de su fin cristiano y social...»

(*) Cfr. Monseñor Ricard, El Padre Combalot, misionero apostólico. Gaume et Cie. Editores, 1892.

- Otros dos son, aparentemente, desde el principio hasta el fin, de la misma letra de una de las primeras hermanas.

De estos textos dos están ciertamente sin acabar; uno de los otros dos contiene, de mano de la Madre María Eugenia, un último párrafo que no existe en ningún otro lugar.

La fecha:

Ninguna inscripción precisa, pero se deduce de su título, es decir, anterior a las Constituciones de 1840.

El título:

Dos manuscritos dicen:

«Discurso de introducción a las Constituciones de las Religiosas de la Asunción de Nuestra Señora»
o, de forma abreviada, de la mano de la Madre María Eugenia, tras un retoque: «Discurso a las Religiosas, etc...»

Los otros dos:

«Introducción a las Constituciones de las Religiosas de la Asunción de Nuestra Señora».

¿Fue expuesto el contenido de este texto durante las instrucciones del Noviciado o fue escrito y vuelto a copiar? Quizá las dos cosas. Teniendo en cuenta su amplitud, está bien definido por la palabra «discurso», como un tratado ampliamente desarrollado.

Los manuscritos:

Los manuscritos han dado lugar, sin duda, en los primeros tiempos, a un texto de sesenta páginas, dividido entonces en siete partes, sin títulos. A partir de este texto, que ofrece algunas variantes con res-

pecto a los manuscritos, fue, sin duda, preparada la edición de 1974, utilizada desde entonces: títulos y subtítulos facilitan la lectura. Para este compendio de textos fundacionales, hemos preferido utilizar, confrontando los autógrafos, el que parecía más seguro, arriesgándonos a establecer algunas modificaciones: construcciones de frases, vocabulario, puntuación.

Sumario:

En el marco de la Historia de la Iglesia y de la vida religiosa desde los tiempos apostólicos, se exponen las grandes necesidades de la época y lo acertado de una nueva Congregación para la educación cristiana de las jóvenes, futuras madres de familia.

- Un fin: la regeneración de la sociedad por el Evangelio.
- Un modelo: María en su misterio de la Asunción, mujer plenamente regenerada por la gracia.
- Una necesidad: la revolución fundamental que debe realizarse en las almas, y el amor a la pobreza evangélica.
- Una idea fundamental: la enseñanza católica.
- Raíces espirituales: la pobreza, la humildad, el estudio de la ciencia sagrada y del latín, la Vulgata, el Breviario romano, el culto litúrgico.

En una palabra, puesto que «Jesucristo es el alfa y la omega de toda ciencia», «sólo es suficiente conocer la ciencia de Jesucristo».

PLAN DE LA INTRODUCCIÓN (2)

PRÓLOGO: miedo ante la tarea.—Lo que tranquiliza.

I. ORÍGENES DE LA VIDA RELIGIOSA:

La vida religiosa en los tiempos apostólicos - Órdenes y Congregaciones - María modelo de la mujer regenerada - Influencia

(2) Cfr. Edición francesa de 1974.

de las instituciones religiosas y de las órdenes contemplativas - Sacerdocio de la penitencia y de la oración. Incomprensión del mundo - Grandes órdenes contemplativos y congregaciones de votos simples son indispensables.-Verdad, Caridad, Virtud: doble foco en Jesucristo y en María - Designio de la Providencia - Amor perdido, recobrado en el Calvario - El papel de las mujeres - Caridad, signo infalible del Evangelio - Predicación evangélica: Luz de las inteligencias. Mujeres asociadas al sacerdocio. María, madre del Sumo Sacerdote.

II. EL FUNDAMENTO DE UNA CONGREGACIÓN DE ENSEÑANZA:

El papel de las santas mujeres en la Iglesia primitiva - Misión de la madre cristiana - Maternidad espiritual. Importancia de la educación cristiana - Necesidad en la Iglesia de hermanos y hermanas para la educación de las «clases modestas».

- Educación de los ricos y de los pobres - El espíritu evangélico y el espíritu del mundo - El servicio de los pobre. Prejuicios de la época.

- Necesidad del testimonio de una vida pobre - Mujeres cristianas y mujeres mundanas. Corrupción de las costumbres.

- Una educación que se apoya en el egoísmo, en el placer de los sentidos, en ideas falsas sobre la religión - Degradación de la vida familiar. Remedios.

- Urgencia de la educación cristiana de las jóvenes. Nuevas congregaciones.

III. RESPUESTAS DE LA OBJECCIÓN: ¡OTRA NUEVA CONGREGACIÓN!

- La pluralidad de las congregaciones es necesaria. Peligro del «monopolio» de la caridad.

- Carencias, errores, elección posible, compartir experiencias.

- Medios y posibilidades, obstáculos, pruebas de esperanza.

- Respuesta a la llamada. Misterio de la Asunción.

IV. VIRTUDES INDISPENSABLES PARA UNA RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN:

- Humildad profunda, mansedumbre, obediencia, sencillez, pobreza.

- Problema de la educación de las jóvenes. Misterio social de la Asunción - María como modelo - Decaimiento moral de la mujer - La gran necesidad de estos tiempos - La virtud fundamental de una religiosa de la Asunción - Una educación que libere de la tiranía de los criterios mundanos - La pobreza evangélica - Una revolución fundamental.

V. IDEA FUNDAMENTAL: LA ENSEÑANZA CATÓLICA:

- Emancipación intelectual de la mujer - Los salones mundanos y su nefasta influencia - Catolicismo y naturalismo - Algunas consideraciones generales sobre una teología católica de la enseñanza.

VI. MEDIOS PARA PROPORCIONAR UNA ENSEÑANZA VERDADERAMENTE CATÓLICA:

- La Ciencia sagrada y el estudio del latín - La Vulgata, el Breviario romano y otros libros de piedad - El culto litúrgico - Pecado y gracia - Los sacramentos - El Pontifical romano - El alfa y la omega de toda ciencia humana.

VII. SÍNTESIS:

- ...Sólo es suficiente conocer la ciencia de jesucristo - Las virtudes ocultas.

P R Ó L O G O

Miedo ante la tarea.

Me han pedido Vds., mis queridas hijas en Jesucristo, un proyecto de constituciones que les ayude alcanzar el fin que se han propuesto al congregarse a la sombra del radiante estandarte que la Reina de las Vírgenes ha enarbolado en medio de este mundo. Pero me surgen dos dificultades cuando pienso en responder al deseo que tantas veces me han expresado, desde que el eterno amor de nuestro manso Salvador las ha congregado, bajo la dirección de Aquél, a quien han confiado el cuidado de su perfección.

Simple sacerdote, carezco de facultad y de misión para redactar, aunque fuese capaz de ello, el plan de las constituciones y de las reglas propias de la congregación, que quieren formar, bajo la protección de Nuestra Señora. No ignoro que un obispo podrá imprimir, tras un maduro examen, el sello de su autoridad a esta legislación de caridad y de humildad, que su fervor me pide. Sé también que el mismo jefe de la Iglesia puede un día bendecir y consagrar los consejos que voy a tratar de darles. Pero ¿puedo ocultarme a mí mismo mi total insuficiencia para la ejecución de este proyecto? Y ¿por qué temer si el profundo amor que me une a sus almas puede suplir las luces y la santidad que me faltan?

Lo que tranquiliza.

Si algo puede tranquilizarme, queridas hijas, es el recuerdo de lo que Dios ha hecho ya en Vds. y para Vds. Él que las ha llamado no las dejará desfallecer en el camino, y es posible que me haga encontrar, en el sentimiento mismo de mi indignidad, la gracia eficaz, la única que puede fecundar su obra para gloria de Dios.

Por otra parte, mis queridas hijas, no me apoyaré en mí mismo, y antes de responder a sus deseos, trataré de formarme, con Vds., una idea más exacta y más completa de la naturaleza y de la finalidad de

la vida religiosa, tal y como se han desarrollado en las diferentes órdenes y congregaciones de la Iglesia. Así comprenderemos mejor el lugar que Nuestra Señora parece llamarlas a ocupar, siguiendo a las que, desde hace tantos siglos, no han cesado de honrar sus virtudes y sus misterios.

Y así, apoyándome en la oración, podré darles los consejos prácticos, que crea más apropiados para que se conviertan en la Regla de la Institución que quieren formar, con la aprobación de los Pastores de la Iglesia.

I. ORÍGENES DE LA VIDA RELIGIOSA

La vida religiosa en los tiempos apostólicos.

Las congregaciones de jóvenes y de mujeres consagradas a la santa virginidad se remonta a la fundación misma de la Iglesia y a la primera promulgación del Evangelio. San Ignacio mártir, discípulo de los Apóstoles, cuando escribe a los discípulos de Tarso, les recomienda: «honrar como joyas de Jesucristo, a las vírgenes consagradas a Dios». A los filipenses les dice todavía más expresamente: «Saludo a la asamblea de las viudas y a la congregación de las Vírgenes». En efecto, era imposible que la virginidad, que había dado al mundo a su Salvador, no fuese desde el origen del cristianismo una de las más nobles ambiciones de la mujer regenerada por la Gracia. Así pues, los tiempos apostólicos están perfumados con la aroma sagrada de la virginidad; y no podemos dudar que los primeros discípulos del Salvador no hayan embellecido con lirios la cuna de la Iglesia, como María y José habían embellecido la divina cuna de Jesucristo.

Órdenes y Congregaciones.

Al principio, y durante largo tiempo, estas congregaciones sólo formaron sencillas familias consagradas a la práctica de los consejos evangélicos bajo la autoridad de los obispos. Sus votos eran simples,

pero en el transcurso de los siglos cristianos vemos aparecer monasterios de vírgenes consagradas con votos solemnes, bajo reglas aprobadas por la Santa Sede. Pero al lado de estas mismas grandes órdenes, que nacen por virtud de un San Benito, de una Santa Clara, de un San Francisco de Sales, perviven todavía, en la Iglesia y en gran número, las sencillas congregaciones; y todo hace pensar, que en razón de las obras de misericordia espirituales y corporales, cuya necesidad se hace sentir más vivamente todos los días, estas Santas familias de vírgenes seguirán multiplicándose.

Pero ¿cuál ha sido el plan providencial de la Sabiduría divina en la institución de todas estas obras religiosas de mujeres?

María modelo de la mujer regenerada.

Jesucristo, al hacer de su augusta Madre el modelo de la mujer regenerada, ha querido reunir, en torno a ella todas las almas tan movidas por su divino amor, que sólo deseaban vivir en su cuerpo mortal la pureza de los ángeles. Ha querido que diesen al mundo el testimonio de las virtudes más difíciles practicadas perfectamente, a pesar de las tendencias de una naturaleza rebelde y degradada. Ha querido poner de manifiesto en la tierra el reflejo más puro y fiel de la perfección evangélica, con el fin de glorificar su Cruz y de formar para su Madre un cortejo digno de ella, en el seno de la Iglesia temporal y en el de la Iglesia del Cielo.

Influencia de las instituciones religiosas y de las órdenes contemplativas.

Por otra parte, estas instituciones han sido, en manos de la Providencia, que gobierna la Iglesia, una de las fuerzas más poderosas quizá de la vida cristiana y de la vida de perfección. Sobre todo, las grandes órdenes contemplativas, que nacen frente a las pasiones, con todo el esplendor de su austera santidad, constituyen, para las almas más sencillas, un incentivo divino, que las sostiene en el cumplimiento

de sus deberes esenciales y que les ayuda a alcanzar la perfección en sus diferentes estados. Nadie duda que los ejemplos de heroísmo religioso, que han proporcionado, hayan ejercido en todos los tiempos una admirable influencia en la mujer cristiana dentro de la familia.

Sacerdocio de la penitencia y de la oración. Incomprensión del mundo.

Independientemente de esta elevada función, hay todavía otras que las vírgenes contemplativas han tenido que llevar a cabo en el seno de la Iglesia universal. Sufrir y rezar. Ésta es la gran misión que les dio el amor, y tenemos que deplorar la sabiduría del mundo, que, frente a este sacerdocio misterioso de la penitencia y de la oración, no ha sabido más que maldecir lo que no comprendía. Ha preguntado qué es lo que hacen estas vírgenes angelicales en su clausura. ¿Qué hacen? Expían en un cuerpo inocente los crímenes de quienes las ultrajan; aplacan la justicia divina, airada por los desórdenes en los que caen los hijos de la Iglesia; desde la cumbre de la montaña mística en la que el amor y la oración las hace habitar, derraman sobre nuestro mundo indiferente el rocío celestial de la gracia, que Dios no niega nunca a los ardientes suspiros de sus esposas. Fieles imitadoras de Cristo, que ha sufrido por la humanidad, y que ha soportado en su carne los estigmas de la Cruz, para purificar a la humanidad, perpetúan la vida expiatoria del divino Salvador, al mismo tiempo que reproducen la vida íntima y las virtudes ocultas de su augusta Madre. Sufren y rezan por sus hermanos que luchan en medio de la prueba. Así pues, le pregunto, ¿hay? ¿puede haber en la tierra una misión más alta, un sacerdocio más útil que esta función de entrega y de caridad, que eleva a una de las primeras categorías de la Iglesia de Dios?

Las grandes órdenes contemplativas y las congregaciones de votos simples son indispensables.

Pero la vida de inmoción y de contemplación, que constituye el doble atributo de las grandes órdenes monásticas, ha sido

siempre vocación de un reducido número de almas, por la sencilla razón de que este género de entrega sobrehumana es un fruto precioso y de difícil cultivo, que solamente crece en las altas cimas de la vida mística. Así pues siempre ha habido en la Iglesia un grupo de vírgenes que han buscado en la práctica externa de la caridad un alimento distinto para su celo; muchas, ya por atractivo, ya por la dificultad de los tiempos o por su posición social, han seguido viviendo entre aquellos a quienes estaban unidas por los lazos de la sangre. Así es como en los tiempos de persecución, en que la gracia que descendió del Calvario parecía querer expiar por la castidad y por el sufrimiento los grandes desórdenes del mundo pagano, vemos aparecer esas vírgenes mártires, objeto de la más delicada solicitud por parte de los obispos y sacerdotes, de quienes eran auxiliares y apoyo. Pero la mayoría de esas almas misericordiosamente llamadas a las bodas del Esposo celestial, han sentido que al consagrarse por los votos simples a la práctica de los Consejos Evangélicos bajo la dirección de las reglas comunes, llegaban mejor a desprenderse de todas las trabas que el mundo y la naturaleza oponen a la gracia, y que, aunque manteniendo, según el estilo de su instituto, una flexibilidad que no tiene ni podrían tener las órdenes contemplativas, encontraban en el conjunto de sus esfuerzos el medio de llenar, en el seno de la Iglesia, una misión práctica, de la que la sociedad no podría privarse sin sufrimientos irreparables.

Más fáciles de establecerse, más fáciles de reclutarse, las congregaciones sencillas han podido nacer y constituirse en todas partes en donde hubiera necesidades que satisfacer y servicios que prestar. Y he aquí por lo que se han multiplicado tanto, y continúan multiplicándose, con tanto éxito por todas partes.

El divino Padre de familia que llama a desbrozar su viña, tanto a los pequeños como a los grandes, les ha dado, también a ellas, una admirable misión, que no se podría comprender plenamente más que asemejándola a la misión misma del Salvador y de su Madre.

Verdad, caridad, virtud: doble foco en Jesucristo y en María.

La gran finalidad del cristianismo, Vds. lo saben, mis queridas hijas, ha sido la de devolver al mundo el imperio, casi extinguido, de la verdad, de la caridad y de la virtud. La vida sobrenatural de la gracia resume de manera eminente estas tres cosas; he aquí por qué la verdad, la caridad y la virtud tienes su doble foco en Aquél, que es el único lleno de gracia y de verdad, y aquella a quien el Ángel proclamó llena de gracia; no porque María sea la fuente primera de la vida sobrenatural, sino porque su Hijo ha tenido a bien compendiar en ella todos los esplendores de su propia gloria. Ahora bien, la misión reparadora de la Santísima Virgen se realiza, sobre todo, aquí abajo, por medio de las congregaciones activas (1) que son ejemplo ardiente del triple celo de la verdad, de la caridad y de la virtud.

Separadas del mundo por barreras infranqueables, las vírgenes consagradas a la vida contemplativa atraen poco las miradas distraídas de los hijos del siglo. Sus ojos carnales no sabrían soportar el resplandor divino de una vida que ya no es de la tierra, y sus innumerables prejuicios les inculca con mucha frecuencia tentaciones de desprecio y de ultraje contra estos Ángeles protectores de la Iglesia y de la sociedad.

Era necesario, pues, que la gracia del divino Redentor formase, por así decir, ante sus ojos, el encantador ejemplo de todas las virtudes, que únicamente la sangre de Cristo puede engendrar. Es lo que ha hecho al presentarnos a esas vírgenes innumerables que, a través de los escollos de nuestra sociedad moderna, conservan un tesoro tan rico de fervor, de santidad y de virtud, que fuerzan hasta a los incrédulos a la admiración y al respeto. ¿Qué es lo que ellos mismos no han dicho de esas jóvenes angelicales, a las que ven abandonar todos los atractivos del mundo y todas las ternuras de la familia, para ir a curar, en un hospital, las llagas de la vejez, para enterrarse viva en una casa de alienados? En efecto, cuando la fe no ha revelado el secreto de estas maravillas, es necesario, al menos, ver en ello un

(1) Otra versión: religiosas.

prodigio moral que sobrepasa todas las fuerzas de la naturaleza, y que impone la fe de la virtud, a los que por el exceso de sus debilidades, han perdido su sentido.

Designio de la Providencia.

He aquí, no lo duden, hijas mías, uno de los grandes pensamientos de la Providencia, el suscitar estas numerosas familias de vírgenes, encargadas de proclamar hasta el fin el triunfo de la gracia sobre la naturaleza y el del espíritu sobre la carne.

El amor perdido, recobrado en el Calvario.

Pero eso no es todo. Al perder la virtud, el hombre había perdido también el amor. Y cuando el Hijo de Dios, desgarrado por nuestros crímenes, murió en la cruz, abandonado por sus propios discípulos y abrumado con las maldiciones del pueblo deicida, no encontró, en su indecible abandono, más alivio que la compasión de su madre, las lágrimas de un discípulo célibe y los lamentos de las santas mujeres. Se encontraba allí, mis queridas hijas, un gran misterio que encerraba los nuevos destinos de la mujer cristiana.

El papel de las mujeres.

La humanidad caída, pasa también por el Calvario, a través de su afán regenerador; su vida de prueba es una vida de sufrimiento y de muerte; pero, mientras recorre su vía dolorosa, la caridad de la mujer regenerada por la gracia, no le faltará nunca, y al pie de todas las cruces y de todos los sufrimientos, los ojos de los católicos encontrarán siempre algunos de estos ángeles de la caridad, que el ejemplo de María ha dado al mundo.

Esta inmensa herencia de misericordia y de virtud, que la pasión de Jesucristo y la compasión de su Madre han legado a la mujer, se ha concentrado en esas innumerables congregaciones que se han consa-

grado a aliviar todas las miserias humanas. ¿Quién podría nombrar sin bendecirlas las creadas por Santo Tomás de Villanueva, por San Vicente de Paúl, por San Juan de Mata y de tantos otros santos que, por su incomparable caridad, han llegado a ser fundadores y padres de estas familias de vírgenes, siervas de los pobres, consoladoras de los afligidos, hermanas y amigas de todos los que sufren?

La caridad, signo infalible del Evangelio.

Ciertamente, mis queridas hijas, si el Salvador ha dado la caridad como signo infalible de la divinidad de su Evangelio, ¿quién no reconocerá sus heroicas manifestaciones en la entrega sobrehumana que encadena la vida entera de estas admirables jóvenes a la cabecera del enfermo, junto a la cuna del huérfano, al pie de la cama del anciano e incluso al pie del jergón del prisionero?

La predicación evangélica: luz de las inteligencias. Mujeres asociadas al sacerdocio.

Pero les he hecho notar a Vds., que la virtud y la caridad, restablecidas en el mundo por la gracia de Cristo, por los ejemplos de su Madre, y por la acción reparadora de las congregaciones religiosas, no eran los únicos bienes otorgados a la humanidad. Existe otro bien del que las inteligencias tienen hambre y sed, y que lo buscan, con mucha frecuencia, por desgracia, por los caminos de la duda y del error. Este otro bien es la verdad. Sólo el sacerdocio, Vds. lo saben, es el que ha recibido aquí abajo el celestial depósito. Jesucristo ha dicho: «Id y enseñad». Y el ministerio pastoral, único heredero de esta palabra divina, se ha convertido bajo la autoridad de los sucesores de Pedro, en el perpetuo alentador de la verdad, de toda la verdad, para el hombre y para el género humano. Fuera del círculo, en donde se ejerce el apostolado del sacerdote católico, los ojos aterrados sólo perciben inmensas tinieblas. La luz de las inteligencias es la predicación del Evangelio, y todos los pueblos, para quienes esta luz pura e incorruptible aún no ha alumbrado, han permanecido confundidos

en las sombras de la muerte. Pero, ¿Vds. saben, que la adorable Providencia, que realiza siempre sus mayores obras con medios desproporcionados a sus sublimes fines, ha querido asociar a las mujeres más humildes a esta elevada y santa misión de la verdad que el sacerdote ha recibido de la boca misma de Jesucristo?

María, madre del Sumo Sacerdote.

Recuerden, hijas mías, estas palabras admirables que la Iglesia emplea para celebrar las glorias de la Reina del cielo: Permaneciendo virgen, ha derramado sobre el mundo la luz eterna. «Virginitatis gloria permanente, lumen aeternum mundo effudit, J.C.D.N.»

La plenitud divina de la gracia y de la verdad sólo se ha dado, pues, a los hombres, pasando por el seno virginal de María: «De Ti, exclama la Iglesia, de tu seno, es de donde ha surgido el sol de la justicia, Jesucristo Nuestro Señor.» «Ex te enim ortus est sol justitiae Christus Deus noster.» ¡Qué gloria para el sexo al que pertenecen, mis queridas hijas!. Debemos la verdad a María, como le debemos la gracia y la vida.

Sin embargo, la dignidad del sacerdocio no se le ha dado a María; no ha sido encargada, por su Hijo, para anunciar el Evangelio en la tierra como fueron encargados sus discípulos; pero ella es la madre de la verdad viva, del Verbo hecho carne, que ha derramado sobre las tinieblas de este mundo la luz que lo ilumina: Permaneciendo virgen, ha derramado sobre el mundo la luz eterna.

II. EL FUNDAMENTO DE UNA CONGREGACIÓN DE ENSEÑANZA

El papel de las santas mujeres en la Iglesia primitiva.

Las santas mujeres que acompañaban al Salvador, siguiendo a María, le mantenían a Él y a sus discípulos; para el Sacerdote eterno

y para los que había de asociar a la propagación de su Evangelio, las mujeres continuaban el sacerdocio de maternidad, que más tarde haría de su sexo el auxiliar más fuerte y más generoso de la Iglesia docente.

Las primeras Iglesias formadas por los apóstoles, en medio de las persecuciones, nacieron en las casas de las santas mujeres, que en los comienzos abrazaron la fe del Evangelio, y cuya valentía canonizó San Pablo, inscribiendo sus nombres en sus epístolas inmortales.

A lo largo de los siglos, en cualquier sitio donde germina la fe católica, encontramos alguna virgen o alguna viuda, cuya caridad y cuya virtud son el único apoyo del apostolado del sacerdote; y nunca los hombres de celo hubieran podido sostener los difíciles combates de la verdad, si no hubiesen encontrado ánimo y apoyo en el fervor y en la fidelidad de todas estas mujeres cristianas, apóstoles ellas mismas en el seno de sus familias.

¡Ah!. Cuando llegue el gran día de las revelaciones, los ángeles y los hombres comprenderán, asombrados, todo lo que ellas han hecho aquí en la tierra para propagar la fe del Evangelio, y quizá reconozcamos, entonces, que la parte más hermosa, en esta gran herencia de verdad, ha descendido a la tierra por mediación de la Eva celestial.

Misión de la madre cristiana.

Junto a la cuna del niño es donde, sobre todo, las mujeres tienen una misión todopoderosa. La educación inicial sólo les corresponde a ellas, y el mismo Hijo de Dios ha querido crecer en las rodillas de su Madre y alimentarse con su leche virginal. La leche de la verdad evangélica brota también, para nosotros, de las primeras palabras de gracia y de fe, que una madre cristiana acompaña a sus caricias. Es ella la que ha despertado nuestra alma a los primeros acentos de la verdad, es a ella a quien debemos estos dulces nombres de Jesús y de María, los primeros que balbucearon nuestros labios. Ahora bien, es raro que el niño pierda el fuerte sello de gra-

cia y de fe (2) que la semilla del bautismo le ha infundido en su seno, cuando una madre piadosa les ha fecundado con sus ejemplos, con sus oraciones y con sus bendiciones. Si la edad de las pasiones le hace olvidar su práctica, después vuelve, casi siempre, a las primeras improntas (3) con las que el amor materno había llenado su alma joven.

¡Qué admirable es, pues, la misión de la mujer cristiana, revestida de la doble maternidad de la gracia y de la naturaleza, y que no engendra sólo hijos para la tierra, sino también para el cielo! Se le confía el crecimiento permanente de la verdad, el porvenir de las generaciones descansa en ella y, si alguna vez llegan días penosos, en los que sus tan sagrados y tan apacibles deberes sean desconocidos y traicionados, una perturbación profunda se apoderará de la familia, desaparecen las buenas costumbres y la situación se conmueve desde su base.

Esta última situación, mis queridas hijas, es una de las más grandes plagas de nuestra época, y quizá una de las más difíciles de curar.

Maternidad espiritual. Importancia de la educación cristiana.

Sin embargo, el espíritu de verdad y de vida que dirige a la Iglesia ha encontrado un remedio a este mal profundo. Dios ha creado para la mujer una misión más bella todavía que la de la maternidad humana, quiero decir, la de las vírgenes que, sin pedir al mundo nada de sus honores, ni de sus goces, acuden en su socorro por una especie de maternidad espiritual con la cual asumen todos los deberes junto a niños desconocidos y que nunca las llamarán madre. Nuestro Señor Jesucristo que las ha escogido para ser sus esposas, les hace sentir una profunda compasión por esas pobres criaturas a quienes su sangre habría rescatado en vano si sus enseñanzas nunca pudiesen llegarles; les inspira ese tierno amor hacia la infancia ya que Él mismo

(2) Otra redacción: de cristianismo

(3) Otra lectura: primeros sentimientos.

dio el ejemplo; las enseña a amarla, a servirla, con una caridad tan delicada, que parece como si la gracia hubiese desbordado en ellas todos los sentimientos de la naturaleza.

Estos ángeles, bendecidos por Dios y por las madres, a las que aún las anima un resto de fe, se unen en un sentimiento común de fervor y de amor, y su casa, a la cual Jesús llama suya, se convierte en un asilo donde la infancia cristiana va a buscar lo que ya no encuentra bajo el techo de su hogar; la verdad, la gracia y la virtud

Hace tiempo que un hombre genial proclamó este axioma de carácter social, «si se reformase la educación, se reformaría el mundo». Yo añado que se reformaría con toda seguridad, si se reformase la educación de las jóvenes.

Necesidad en la Iglesia de Hermanos y de Hermanas para la educación de las «clases indigentes».

Vean lo que les ocurre a las clases populares privadas de estas hermanas buenas, que con sus hermanos en virtud y en entrega, quiero decir, los hermanos de la Doctrina Cristiana, renuevan la moral y la fe en el corazón de los niños pobres. Las ciudades y los campos, que no han conocido todavía a estos ángeles auxiliares de la autoridad paterna y materna, ofrecen el espectáculo de una ignorancia tan profunda y de una corrupción tan precoz, que no habrá nunca bastantes lágrimas, para lamentarlo, en el alma del sacerdote y de la virgen cristiana.

Roguemos pues a Aquél que quiso tanto a la infancia, y que dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Pidámosle que haga nacer en su Iglesia nuevas generaciones de Hermanas y de Hermanos que se ocupen de la educación de las clases indigentes que son las que constituyen, como Vds. saben, la verdadera aristocracia de la Iglesia, esa ciudad de los pobres, como la llama Bossuet, en la que los ricos no entran más que por un favor y bajo su protección. ¡Oh! Qué hermosa misión, mis queridas hijas en Jesucristo, aquellas en la que se consumen sin recompensa aquí en la tierra, sin alivio y sin notorie-

dad, esas pobres hermanas de los pueblos, cuyo nombre ignora siempre el mundo y a las que sólo Dios podrá pagar el heroísmo y recompensar la virtud.

Cincuenta años de apostolado ignorado en esas aulas húmedas, donde se aglomeran niñas pobres, cubiertas con los harapos de la miseria, y ante las que no se detiene la vista sino para lamentarse: ¿no hay aquí, pues, un ministerio que supone, en aquella que lo desempeña, una de esas almas santamente impregnadas de los ejemplos de aquél que no tuvo al nacer más que un poco de paja por almohada y un pesebre por cuna?

**Educación de los ricos y de los pobres.
El espíritu evangélico y el espíritu del mundo.
Servicio a los pobres. Prejuicios de la época.**

¡Ah! si un día les fuese dado, mis queridas hijas, el poder ampliar los internados que quieren construir para las hijas de los ricos, estén seguras que serán bendecidas por el divino Rey de los pobres si añaden en ellos aulas para los hijos de los que el mundo desprecia y de quienes se harán servidoras humildes. Hijas de fe y de gracia, ambicionarán, como un favor, el honor de enseñar a rezar, a leer, a trabajar a las niñas pobres de un pueblo, y harán comprender a las hijas de las familias acaudaladas, que las riquezas de la fe y las bendiciones de la gloria eterna son el patrimonio del pobre y la dote del indigente.

Tanto han deseado Vds. grabar esta gran lección en sus corazones, que me han pedido con insistencia el permiso de aunar las fatigas de la Hermana de la Caridad con las obras de misericordia espirituales, que son su fin específico. Han querido dar, al menos, una parte de su vida a aquellos que Jesucristo ha llamado amigos y hermanos suyos; han querido que se les permitiese abandonar alguna vez su retiro para servir a los pobres en sus sufrimientos y para llevar a sus miserables hogares, a las niñas a quienes están llamadas a educar, porque han comprendido que no podrían hacer bien a los ricos más que

dilatando su corazón por el amor a los pobres, con el fin de que estos afortunados del mundo, de los que Vds. tienen que soportar el peligroso contacto, sean incapaces de imponerles el yugo de sus ideas mundanas, y que, al contrario, sean Vds. quienes las enseñen, con su ejemplo, a dedicarse a mitigar las miserias, que, a menudo, ni siquiera conocen.

Alégrense pues, hijas mías, de que su vocación las llame a convertirse en servidoras de los pobres, de tal modo que no busquen en la educación de los ricos, más que un medio poderoso de formarlas como amigas y como madres. Y recuerden bien, que las obras de caridad que han de practicar con ellos serán, para su consagración, como un contrato de seguridad divina, que preservará a sus casas y a Vds. mismas del contagio del mundo, percusor inevitable de la ruina de las comunidades.

En efecto ¿qué hay de más opuesto al espíritu de nuestro tiempo que el amor a los pobres y a la pobreza? Los que no tienen aquí, en la tierra, más propiedad que el trabajo y el sudor, y que existirán siempre, según la predicción de nuestro divino Maestro, esos son los más pequeños y los últimos a los ojos de los hombres.

Por más que la Iglesia propague las doctrinas de su celestial Esposo, nunca podrá persuadir totalmente a este mundo ciego de que los primeros son los últimos, y de que los dichosos, los ricos y los sabios de la tierra, están por debajo de los pobres, de los pequeños y de los sencillos, que son los que constituyen en el Cielo y en la tierra, la porción más noble del rebaño de Jesucristo.

Necesidad del testimonio de una vida pobre.

Y he aquí justamente por qué las comunidades de enseñanza son todavía más indispensables para la educación de los niños ricos, que para la de los hijos del pueblo. Nada puede, para las jóvenes ricas, sustituir el ejemplo y las lecciones de las que han pasado por encima de todos los bienes de familia, de fortuna y de grandeza, para rever-

tirse, con tanta alegría, con la santa librea de la pobreza del evangelio. Solamente su gran desprecio hacia todos los placeres y hacia todas las esperanzas humanas, puede darles fuerzas para imprimir el espíritu cristiano en las mujeres de las clases altas, que, en nuestros días, nacen y viven en una atmósfera de sensualidad y de orgullo casi paganos.

Mujeres cristianas y mujeres mundanas. Corrupción de las costumbres.

Dense cuenta, en efecto, mis muy queridas hijas, de que, si gracias a la civilización cristiana, las mujeres han podido hacerse valer en el centro de la sociedad, se convierten en una plaga cuando, embriagadas por las ilusiones del mundo y por el orgullo de su frágil belleza, sólo aparecen rodeadas de los atractivos peligrosos de un lujo devorador y de un deseo de agrandar, aún más culpable.

Ahora bien, contemplen todas las capitales, todas las ciudades de la Europa civilizada. ¿Qué papel desempeñan en ellas las mujeres? ¿No es verdad que, salvo raras excepciones, hacen que imperen el lujo y las pasiones, hacia las que arrastra el mundo?

Al abandonar los deberes que la naturaleza y la religión les impone en el seno de la familia, hacen alarde, en los espectáculos y en las fiestas, de los afanes alocados de una vanidad sin barreras, el escándalo de su egoísmo y los excesos de su prodigalidad ruinosa. Todo se debilita, todo se corrompe, todo se deprava a su alrededor, y puesto que una educación sólidamente cristiana ya no ejerce un dominio reparador en las jóvenes de las clases acomodadas, las generaciones sucesivas se educan en una atmósfera de malos ejemplos y de tradiciones paganas.

El gusto por el lujo y por los placeres, que consume, por así decirlo, la vida entera de las esposas y de las madres, determina la entrega de sus hijas en manos mercenarias; la educación

inicial de esos desgraciados hijos se entrega a las personas de servicio, y lo más corriente es que se acabe bajo la tutela de una institutriz o en un internado, cuyo único móvil es el lucro. Miles de jóvenes se educan así en las ciudades de Francia y en las de Europa, y con todo, serán ellas quienes proporcionarán, a las costumbres privadas y públicas, el sello dominante de la época.

Una educación que se apoya en el egoísmo, en el placer de los sentidos, en ideas falsas sobre la religión..

En esta triste educación el aspecto físico prevalece sobre el aspecto moral; se educa a las jóvenes pensando en las ventajas de las máximas, de los gustos, de los placeres, y de las pasiones del mundo; se las forma conforme a la ley del egoísmo, para servir de pábulo a los que no tienen más moral que la de los placeres.

Sistemas humanos se esfuerzan por luchar contra las desgracias o las enfermedades de la naturaleza; el desarrollo, el perfeccionamiento de la belleza material, serán el gran objeto de la educación de las hijas: si se ocupan de su alma, no será más que para embriagarla de orgullo y de vanidad, dándole, con la ayuda de clasificaciones y de análisis, un bosquejo informe de todas las ciencias, al mismo tiempo que se las inspira, a través de los ejemplos del mundo, del cultivo de las artes utópicas, el gusto casi exclusivo de los placeres de los sentidos.

La religión, maestra soberana de la vida, divino remedio contra todas las enfermedades de nuestra pobre naturaleza, no contará en la educación más que como algo accesorio. No penetrará ni en la inteligencia, ni en el corazón, ni en las costumbres prácticas de la joven; sólo lo sentirá como un deber pesado y molesto, del que habrá que liberarse, cuando llegue el momento de ofrecer a la familia y al mundo los frutos de una educación fundada exclusivamente en conceptos y en ejemplos, que el cristianismo reprueba.

La degradación de la vida familiar. Remedios.

Sin embargo, esta educación completamente artificial constituye el carácter predominante de la época en que estamos. ¿Cómo, pues, extrañarse de que el santuario de la familia se haya convertido en el origen de las calamidades y en el hogar terrible de todos los males que asolan el mundo?

Un mal tan grande no puede combatirse si no es por medio de las instituciones religiosas que, después de haber explorado toda su profundidad, se dedicarán, con infatigable e inteligente caridad, a aminorar y paralizar sus efectos. Y vean, mis muy queridas hijas, cuan generosa se muestra la Providencia con este siglo, cuya llaga más profunda se oculta en el seno de la familia. Sin embargo, para ésta no son suficientes las congregaciones de enseñanza actuales, que se entregan, con tanto consuelo para la Iglesia, a la educación de las jóvenes cuyo nacimiento, cuya fortuna o cuyo rango las harán, un día, depositarias y árbitros de las costumbres de la familia y de la sociedad.

Urgencia de la educación cristiana de las jóvenes. Nuevas congregaciones.

También hoy, vemos a las grandes órdenes contemplativas descender de las altas cimas de la vida mística, para acudir en socorro de sus hermanos, como esos anacoretas, de los antiguos tiempos, que salían del desierto para ayudar a los predicadores del evangelio, cuyo celo ya no bastaba ante el requerimiento de las naciones hambrientas de la palabra divina. Pero hay que reconocerlo, el reducido número de congregaciones dedicadas a la enseñanza está muy lejos de cubrir las necesidades de una Europa civilizada. Inglaterra, Italia, América, las naciones del norte quieren una educación francesa para las jóvenes que, en su país, darán el tono en los salones. Nuestra cortesía, nuestra lengua, nuestra literatura, nuestras costumbres y hasta nuestra conversación, son hoy objeto de ambición para todo el mundo, y se puede decir que Francia se ha encargado de la educación de todas las esposas y de todas las madres.

Ahora bien, dos o tres obras religiosas consagradas a la educación de este grupo social ¿puede realizar la meta propuesta por la Providencia? Sin duda, no; y secundar sus miras de misericordia es acelerar con todas las fuerzas el momento en que nuevas congregaciones vengan a ayudar a aquellas que trabajan ya en esta obra reparadora con tanto celo y con tanto fruto.

III RESPUESTAS A LA OBJECCIÓN: ¡OTRA NUEVA CONGREGACIÓN!

La pluralidad de las Congregaciones es necesaria. Peligro del «monopolio» de la caridad.

Quizá se objete, que en lugar de perder el tiempo precioso para preparar elementos nuevos, sería más sencillo, más natural y más útil el desarrollar las comunidades existentes, uniéndose a ellas. Pero esta objeción habría detenido a todas las congregaciones en su nacimiento; por otra parte, existe un grave inconveniente al extender sin medida el círculo de una misma obra, sobre todo cuando se trata de someter a todos sus miembros a la influencia de un sistema uniforme de enseñanza y de educación. En las grandes órdenes de clausura no hay inconveniente en multiplicar las casas, ya que son casi independientes las unas de las otras, pero las congregaciones de enseñanza, necesariamente situadas bajo la dirección de una Superiora general, no podrían por menos debilitarse al extenderse demasiado. Es mil veces mejor que nazcan otras nuevas, para que el círculo de su acción pueda extenderse sin perjudicar la ley de su unidad.

Las hijas de San Vicente de Paúl están extendidas por todas partes; sin embargo, sería una gran desdicha, si esta congregación admirable tuviese el monopolio sagrado de la caridad. Perecería en su abundancia, y por eso existe una multitud de hermanas de la caridad consagradas a la misma obra bajo diversas reglas y diferentes nombres.

La obra de caridad para con las almas se rige por las mismas leyes; no puede llevarse a cabo por una sola familia, como tampoco las hijas

de San Vicente de Paúl podrían, sin diluirse, ocuparse de todas las cárceles, ni de todos los hospitales.

Hay todavía otras causas que conllevan la división necesaria de esta difícil tarea de la educación. El hombre enemigo, que siembra siempre la cizaña en el campo del Padre de familia, apenas se ha dado cuenta, de que una congregación trabaja para eliminar su imperio homicida, pone ya todos los medios a fin de anular sus esfuerzos. Unas veces suscita contra ella una oposición injusta, que no tiene más fundamento que el capricho de algunas familias que abandonan una casa, denigrándola porque su hija no ha respondido a sus esperanzas, o porque se ha pedido a sus padres que se lleven a su hija; otras veces, después del crédito del que gozaba una comunidad de enseñanza, y que se había convertido en una especie de admiración y de moda entre las familias ricas, le sucede una súbita frialdad que paraliza los esfuerzos y el celo, que habían adquiridos derechos imperecederos para el agradecimiento. Por otro lado, las imperfecciones inevitables unidas a todas las creaciones de nuestra naturaleza caída, dan lugar también a estos resultados.

Carencias, errores, elección posible, compartir experiencias.

Algunas congregaciones instituidas bajo la inspiración de una necesidad que ha cambiado, o que no ha sido suficientemente comprendida, frustrarán, en un momento dado, el objetivo intelectual, religioso y moral de la educación. La formación literaria y científica se desarrollará, entonces, según unos principios que no estarán en suficiente armonía con la necesidad de los tiempos, ni con la condición de las familias (ni de los espíritus); la instrucción religiosa adolecerá de la fuerza, de la profundidad y de la amplitud que debería tener, para las jóvenes que un día serán las encargadas de dirigir el desarrollo intelectual de sus propios hijos.

También puede ocurrir que un celo carente de prudencia haga confundir a las maestras, las prácticas puramente cristianas, que deben ser el fundamento inmovible de la educación religiosa de las jóvenes,

con prácticas supererogatorias, que las alumnas de un internado realizarán al principio con un fervor irreflexivo, y que abandonarán, muy probablemente, después al volver a la familia, con el riesgo de olvidar al mismo tiempo los deberes indispensables de un simple cristiano.

Semejantes errores, por involuntarios que sean, son suficientes para detener los más caritativos esfuerzos de una casa religiosa.

Entra, pues, en los designios de la Providencia que congregaciones de distinto nombre, reglas y enseñanzas, ofrezcan a las clases altas de la sociedad la posibilidad de una elección, cuyo móvil siempre estará en los atractivos de las diversas familias.

Pienso incluso, que al multiplicar las órdenes de enseñanza, tan escasas todavía para esas innumerables jóvenes que, desde todos los puntos del mundo, vienen a Francia en busca del tesoro con frecuencia tan funesto, de una educación amplia, se establecería entre estas diferentes casas una santa competencia de celo, que sería provechosa para unas y para otras. Imitarán, bajo el punto de vista de la enseñanza y de la educación, lo que se practica entre las familias tan diversas de hermanas de la caridad. Tomarían los frutos de la experiencia que las otras habrían conseguido madurar en el árbol de su instituto, y la caridad que las uniría, como están unidas las innumerables vírgenes consagradas a las obras de misericordia puramente corporales, al poner en común el resultado de sus observaciones, ayudaría, en fin, a que el problema tan difícil de una educación religiosa, inteligente y verdaderamente dignificadora para las familias y para la sociedad, quedara resuelto. Todos los prejuicios desaparecerían ante los éxitos obtenidos, y todas las madres se sentirían felices al confiar a sus hijas a estas hermanas de caridad y de inteligencia que sabrían nutrir a la infancia de virtud, de luz y de fe.

Medios y posibilidades. Obstáculos. Pruebas de esperanza.

Pero, si la creación de nuevas obras religiosas consagradas a la educación entra en el designio de la Providencia y en las necesidades

de la Iglesia y en las de la familia ¿cuáles son ahora las posibilidades y los medios para el éxito de la congregación que Vds. quieren fundar?

Dios, mis muy queridas hijas, no pide nunca cuenta a sus criaturas del fruto de sus trabajos, sino solamente de la fidelidad de sus esfuerzos. El éxito y la victoria le pertenecen sólo a Él: combatir y trabajar, he aquí nuestro lote, y aunque nuestras esperanzas queden defraudadas, no habríamos perdido ni el tiempo, ni la recompensa.

Hace más de quince años que persigo, a través de mil dificultades, el santo proyecto a cuya ejecución Vds. se han asociado plenamente. Saben, mis queridas hijas, cuántos trabajos y obstáculos ha sido preciso superar, para reunir las primeras piedras del edificio que tratamos de levantar para gloria de Nuestra Señora; pero lejos de desanimarnos, esas dificultades son para nosotros una señal casi segura de la protección de la Santísima Virgen, a la que se han consagrado. Las obras de la gracia tienen unos orígenes y unos comienzos siempre opuestos a la sabiduría del hombre. Las creaciones humanas pueden bien medirse al compás de una razón calculadora, pero las de Dios chocan frontalmente con las ideas de la prudencia humana.

Lo que Vds. han emprendido debería, sobre todo en estos comienzos, pasar por locura a los ojos del mundo; pero Aquél que ha escogido lo que el mundo desprecia y que ha confundido la sabiduría de los sabios con la locura de la Cruz, las ha sostenido con su mano poderosa; y el Espíritu Santo, que ha derramado su caridad en sus almas, les ha hecho ver en las contradicciones de los hijos del mundo una señal sorprendente de sus designios. Los hombres eminentes en piedad y en sabiduría, a quienes hemos comunicado nuestro proyecto, nos han urgido a proseguir en su realización con infatigable energía. Santos y sabios obispos nos han garantizado su apoyo, y de varios de ellos hemos recibido la promesa formal de bendecir nuestra pequeña familia y de darle, por la consagración de su autoridad, existencia religiosa en el seno de su diócesis. Por últi-

mo, he creído ver en cada uno de Vds. señales providenciales de vocación, y ¿cuántas veces no se han extrañado Vds. mismas de la protección constante con la que la divina Providencia ha cuidado todos sus pasos, desde que se han congregado bajo el estandarte de Nuestra Señora?

Respuesta a la llamada. Misterio de la Asunción.

Por tanto debemos creer, mis queridas hijas, que Dios nos llama, por indignos que seamos, para trabajar en esta obra que con tanta fuerza nos ha inspirado, y así como hemos tenido que abandonarnos a Él para el éxito, de igual modo debemos esmerar nuestra fidelidad y nuestra energía para responder a su llamada.

La Santísima Virgen, que es nuestra Madre, me ha inspirado el deseo de ponerlas bajo el patrocinio del misterio de su Asunción gloriosa. Este nombre de Religiosas de la Asunción que llevarán con tanto gusto, les impone grandes deberes, mis queridas hijas, y todos mis votos se verán satisfechos en esta vida, si me fuese dado el congregar a la sombra de este misterio glorioso de Nuestra Señora una comunidad de vírgenes dignas de realizarlo.

Quizá está, en los destinos terrestres del culto a María, el designio de formar, para cada uno de los misterios que la Iglesia celebra en su honor, una familia religiosa, que aprehenda su espíritu y que perpetúe los beneficios y las gracias. Vean cómo esta bondadosa Providencia, que quiere uncir todos los corazones puros al carro de la Reina de las Vírgenes, ha adelantado ya esta misteriosa tarea. La Concepción sin mancha de María, su santa Natividad, su Presentación, su Anunciación, su Visitación, su vida oculta en Nazaret, sus indecibles dolores, su Corazón Inmaculado, han engendrado comunidades de vírgenes y de viudas que, en el seno de la Iglesia, reflejan los diversos atributos, las virtudes y las peculiaridades de estas santas etapas de la vida de Nuestra Señora. Ahora bien, en esta hermosa historia de las grandezas de la Madre

de Dios, el misterio de su Asunción les pertenece, mis queridas hijas, parece que se lo ha reservado la misericordiosa bondad de aquella cuyas virtudes querrían imitar aquí en la tierra y honrar sus glorias.

Quizá se piense que este misterio, que pertenece más al cielo que a la tierra, sobrepasa con mucho nuestra débil naturaleza, para permitir, aún contando con una gracia abundante, aspirar a ostentar ese nombre. Pero, ¿no podría decirse lo mismo de los otros misterios de la vida de la Santísima Virgen, a cuya sombra se han formado y, sin duda, seguirán formándose tantas comunidades religiosas? Las hijas del Corazón de María, las de la Concepción, las de la Maternidad divina, ¿no han tenido, seguramente, la idea de imitar la perfección que suponen tan hermosos nombres? Y cuando las hijas de la Trinidad recibieron ese nombre tres veces santo, podemos creer que sólo buscaron en ese título un poderoso estimulante para el amor a las tres Personas divinas.

Al escoger el nombre de hijas de la Asunción, no tienen otra ambición que la de honrar más especialmente este gran misterio, y encontrar en él un resumen sobrehumano de la misión que intentarán cumplir.

Cuando la santísima virgen fue elevada en cuerpo y alma, por encima de todos los coros angélicos, al reino de los Cielos, Dios ha honrado plenamente en su augusta Madre a la mujer regenerada por la gracia, llevando a la más humilde de todas al trono más sublime, en el que la omnipotencia misma puede colocar a una sencilla criatura. Entonces fue cuando se cumplió esta sentencia profética de la Reina de los Ángeles: «Ha derribado a los poderosos de sus tronos y ha exaltado a los humildes».

La humildad de María en la tierra había sido tan profunda, su pureza tan perfecta y su obediencia tan ciega, que había superado con creces, por sus virtudes ocultas, a los ángeles y a los santos, y estas mismas virtudes atrajeron sobre ella una gloria incomparable a la de ninguno de los elegidos.

IV. VIRTUDES INDISPENSABLES PARA UNA RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN.

Humildad profunda, mansedumbre, obediencia, sencillez, pobreza.

Si aspiran a llevar con dignidad el nombre de hijas de la Asunción, no olviden nunca que ese título les impone el difícil pero preciso deber de una humildad, de una pureza, de una obediencia, y de una pobreza de las que no tenga que avergonzarse su Madre.

Al ponerse bajo el patrocinio de la Asunción de María, adquieren el compromiso público y solemne de morir al amor de sí mismas, al orgullo del espíritu y al apego de todo bien creado para revestirse de las gloriosas libreas que ha llevado en la tierra la más humilde, la más pobre, y la más obediente de todas las criaturas.

Otras congregaciones les superan en austeridad, en silencio, en clausura, en obras de misericordia corporales, en oraciones y en ayunos; pero ninguna tiene que superarlas en la humildad del espíritu y del corazón, en la obediencia de la voluntad y del juicio, en el amor a la pureza y a la pobreza de Nuestra Señora. Será entonces y sólo entonces, cuando serán verdaderamente dignas de ser llamadas hijas de la Asunción. Estoy de tal modo convencido de que ahí está el fundamento espiritual e indispensable de nuestra obra, que por muchas cualidades y por muchos talentos que tenga una joven, las puertas de nuestra casa deberán cerrarse para siempre, si advertimos en ellas oposiciones demasiado fuertes a estas virtudes ocultas.

La vida temporal de la Santísima Virgen no tuvo nada extraordinario, y el Espíritu Santo nos enseña que toda su belleza era interior. «Omnis gloria ejus filiae regis ab intus». Estas palabras deben también resumir todas las virtudes de las hijas de la Asunción; la sincera humildad, la mansedumbre, la obediencia, la sencillez de corazón, el amor real, profundo de la pobreza glorificada por Jesús y por María; son maravillas de la Gracia que el mundo no comprende ni conoce.

Sin embargo ellas son las que hacían decir al Rey Profeta: «Toda la gloria de la hija del rey es interior». Les conjuro pues, por la esencia de Jesucristo y por las glorias íntimas de Nuestra Señora, a que aumenten cada día el valor, el celo y el fervor para extirpar de nuestra naturaleza caída todo lo que todavía pueda combatir en Vds. contra estas cualidades del alma, que son el más precioso tesoro de una hija de la Asunción.

Y dense cuenta, hijas mías, que María no ha dicho: «Dios ha exaltado a los penitentes, a los valerosos, a los prudentes y a los fuertes»; sino: «ha exaltado a los humildes». Por este camino, pues, hay que tratar de escalar la montaña, desde cuya cumbre nuestra Reina, se elevó hacia el Reino de los Cielos. Cuanto más pequeñas sean, cuanto más humildes, cuanto más pobres de espíritu y de corazón, más puras serán ante Dios y ante sus Ángeles, más dignas serán del nombre que ambicionan.

Problema de la educación de las jóvenes. Misterio social de la Asunción.

Además, mis queridas hijas, al realizar el proyecto de orientar la educación de las jóvenes de acuerdo con las necesidades de estos tiempos, al tratar de resolver el difícil problema de una educación verdaderamente lúcida y plenamente cristiana, aspiran a algo que grandes espíritus han juzgado imposible, porque pensaban que la órbita de los conocimientos intelectuales de la mujer no podían ampliarse sin poner en peligro los oscuros deberes y la misión oculta a la que está llamada a desempeñar en el seno de la familia.

Si quieren ser fieles a la gracia de su vocación y realizar un verdadero apostolado de virtud, de luz y de fe en los grupos sociales que desean saborear el don tan peligroso de la ciencia, deberán sustituir esos conocimientos artificiales y trastocados, por medio de los cuales los internados laicos usurpan muy a menudo una confianza inmerecida, deberán, repito, sustituir esos conocimientos por una cultura más real y tanto más práctica cuanto más extensa sea. Necesitarán resolver

este difícil problema: ilustrar la inteligencia de la joven en provecho de su virtud y del interés de la familia, nunca en provecho de su egoísmo ni de su vanidad. Tendrán que hacer de sus alumnas mujeres ilustradas y modestas, más sólidas que instruidas, enriquecer su espíritu sólo en la medida en la que se incrementen las cualidades de su corazón. En una palabra, Vds. deben preparar a sus alumnas por medio de una educación seria, fuerte a la vez que suave, para los múltiples deberes de esposa, de hermana y de madre, en el ambiente de nuestra moderna sociedad, impregnada de la savia mortal de una ciencia falsa, de una literatura novelada y de una sensualidad que penetra todas las costumbres de la mujer rica, y que la hace soñar, en estos tristes tiempos, con la doble inspiración de una educación erudita, a la vez que plenamente llena de los encantos y atractivos que el mundo busca.

La que venga a pedir estas dos cosas a las casas de la Asunción, estará equivocada; y si un día vuelve humilde porque haya sido iluminada, al verla más rica en los dones de la gracia que en los de la naturaleza, ya que la modestia se habrá convertido en su único atractivo, su familia comprenderá que la humildad cristiana es el único cimiento del saber para la joven, como lo es también para el desarrollo de las cualidades del corazón y de las gracias personales.

Cualquier otro modo de tratar de resolver el problema de la educación de las jóvenes será una plaga fatal para la sociedad y, desgraciada la comunidad religiosa cuyo sistema de enseñanza y de educación no irradie de la única virtud que puede realizar el misterio social de la Asunción terrestre en la mujer moderna: es decir, de la humildad.

Cuanto más lo pienso, más me asustan las vanas ilusiones a las que una congregación está expuesta al trabajar en la educación más amplia de las jóvenes mediante esos métodos y esas teorías que preconiza el egoísmo del siglo y que, lejos de estar fundados en la ciencia de Jesucristo y en la humildad de su Madre, sólo dejan gérmenes de orgullo y de vanidad en estas jóvenes generaciones, que un día serán las encargadas de consolidar el socavado edificio de las costumbres de la familia.

Quisiera persuadirlas de que todos sus esfuerzos serán vanos y que todos sus intentos serán inútiles, si los miembros de nuestra pequeña familia no comprendiesen y palpasen, por decirlo así, el espíritu y la esencia de esta lección de San Pablo: «Y aún todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.» Y yo añado: conocer también la ciencia de la humildad, de la pobreza, de la obediencia y de la modestia de su Madre, pues no pueden adquirir, repito, el derecho de ser llamadas hijas de la Asunción sino en tanto que su congregación brille por las virtudes ocultas que han servido de base y de cimiento a los grandes destinos de la Santísima Virgen.

María como modelo.

En efecto, consideren, mis muy queridas hijas, qué relación íntima existe entre la misión que nuestra Señora ejerce sobre la mujer regenerada, y la que la divina Providencia parece llamarlas a cumplir. Todas las glorias de la mujer cristiana son fruto maravilloso del culto a la Santísima Virgen. A la sombra de sus ejemplos y de sus bendiciones es como la mujer caída se ha liberado de la terrible ley que aún pesa sobre ella, en aquellos lugares en los que no han penetrado todavía el culto reparador de María. Esta dignificación ha sido tan prodigiosa, que se la puede mirar como una especie de Asunción terrestre. Porque ¿qué distancia separa a la mujer católica de la mujer pagana? Por la gracia y por el culto a María ¿a qué altura de virtud no ha sido elevada la mujer, la madre, la viuda cristiana y, muy por encima, la Virgen adornada con su pureza y con su fe?

Esta grande glorificación de la mujer, esta Asunción verdaderamente milagrosa de su débil naturaleza tienen su dechado inmortal en el culto a María. La más pura de las vírgenes, aquí en la tierra, no será más que un pálido reflejo de la Virgen Inmaculada; la esposa más perfecta no será más que una sombra de aquella que fue juzgada digna de ser esposa del Espíritu Santo; la madre de mayor ternura, la más abnegada, la más rica en sacrificios y en amor, sólo nos recordará, de un modo imperfecto, a esta madre de Jesús, que la mirada cris-

tiana admira en el establo de Belén y que vuelve a encontrar al pie de la Cruz en la que murió su hijo y su Dios; la viuda, desconsolada, pero que no se deja abatir, olvidada por el mundo, pero conocida por los Ángeles, no nos ofrecerá nunca más que una débil imagen de María, viuda del casto José, y viuda también de ese hijo a quien ama más que a sí misma.

Ahora bien, Vds. saben, mis muy queridas hijas, que la congregación de enseñanza que se proponen fundar no debe ser, con respecto a su influencia sobre las jóvenes que les serán confiadas, más que un modelo, de segundo plano, del dulce y saludable imperio del culto reparador de la Santísima Virgen.

Decaimiento moral de la mujer.

Les ruego que contemplen cuánto se ha ensombrecido la gloria de la mujer en el seno de nuestras sociedades modernas. Observen, sobre todo, aquéllas a las que su rango coloca a la cabeza de la civilización y cuyos ejemplos corrompen o dignifican a los pueblos. Casi siempre la joven se les manifestará ligera, sensual y vanidosa; verán la intimidad de la familia desunida por las pasiones del mundo; verán que la esposa hastiada de sus deberes ha desertado del santuario de su hogar; la madre ha perdido la corona de su gloria, al dejar a personas extrañas la noble misión de la educación de sus hijos; el lujo de las viudas les dirá que la santa humildad de su estado se ha convertido para ellas en una especie de suplicio y de vergüenza. Este decaimiento moral de la mujer la ha sumido en una suerte de pagano egoísmo, que sólo se diferencia del antiguo paganismo en haberla expuesto a peligros más violentos, desde que, bajo el poderío de su liberación cristiana, le ha sido permitido manifestarse en el seno de la sociedad.

La gran necesidad de estos tiempos.

Así pues, la gran necesidad de estos tiempos es una reforma religiosa, intelectual y moral de la mujer, por medio de la edu-

cación. Ahí es donde hay que aplicar el remedio, porque la mujer es la raíz de la sociedad. El árbol de la civilización obtiene la vida en su seno, y los frutos que dé serán buenos o malos según el principio de vegetación y de vida de que se haya alimentado.

Las hijas de la Asunción de María, están llamadas a trabajar, en la medida de sus fuerzas, en esta reforma de la que el mundo siente necesidad; y si Vds. alcanzan, mis queridas hijas, la plenitud de su vocación, deben de ser un apoyo de Dios para estas generaciones extraviadas, que buscan lejos de Jesucristo y lejos de su Madre la luz del espíritu, la formación del alma y los hábitos que determinan las costumbres de la familia y de la sociedad.

Así comprenderán ahora, cómo y por qué el misterio de la Asunción se armonizan plenamente con la meta que se han propuesto; pero dejenme aún añadirles algo, sobre la imperiosa necesidad de colocar los cimientos de su obra en las virtudes, que han sostenido todo el edificio de las glorias de Nuestra Señora; permítanme que insista de nuevo sobre la acción directa que de ahí resultará para la regeneración de las familias.

Por su instituto, están llamadas a dominar y a mostrar en las clases ricas una instrucción más sólida, más importante, más desarrollada que la de los internados existentes; la necesidad de los tiempos, las investirá de un germen de sacerdocio que las forzará a dar a las mujeres la verdad y la ciencia de la que tienen sed, y que buscan en otros sistemas de instrucción que las corrompen. Pero, al mismo tiempo, tendrán que luchar con increbante perseverancia contra el orgullo innato de la joven, para afirmar en su alma el germen regenerador de la gracia. Su instrucción deberá estar plenamente impregnada de sólo la verdad y de la ciencia del catolicismo; y su educación, para ser lo que debe ser, tendrá que hacerla apta para todos los deberes de la vida, enseñándola a no desdeñar ninguno por humilde y pequeño que pueda parecer.

La virtud fundamental de una religiosa de la Asunción.

La virtud fundamental que esta misión les impone, mis queridas hijas, es, ya se lo he dicho, una humildad firme y tan profunda que las haga apartarse, para siempre, tanto de la embriaguez de la ciencia como de las ilusiones del orgullo.

Todo su saber será, es verdad, únicamente un conocimiento más desarrollado de la ciencia de Jesucristo; pero esta divina ciencia puede engrair al espíritu cuando la humildad no ha germinado profundamente en el corazón. Y si alguna vez, el mundo creyese encontrar en su congregación una especie de superioridad intelectual, si, después de haberlas hecho pasar por el útil crisol de sus burlas y de sus contradicciones, las atacasen con el arma, mil veces más peligrosa, de sus entusiasmos y de sus elogios, no se ofusquen por haberse comprometido imprudentemente en este difícil camino, sin haber adquirido el necesario equilibrio de la humildad de espíritu y de la sencillez de corazón.

Trabajen, pues, mis queridas hijas, para convertirse en las sinceras imitadoras de aquella que, habiendo recibido la sublime misión de derramar sobre el mundo la luz eterna, se consideró siempre como la más humilde sierva de su Señor y de su Dios. No olviden nunca que su gran ciencia debe ser la de la humildad, y guárdense de creerse dignas del nombre que ambicionan, en tanto que esta virtud, de origen celestial, no haya llegado a ser la señal distintiva de todos los miembros de su congregación.

Si la Reina de los humildes hace crecer en Vds. la flor perfumada de la humildad, la obediencia, que es la fiel compañera, será también una de las características de las hijas de la Asunción. Esta virtud que es uno de los cimientos más sólidos de la vida religiosa, constituye, con la castidad y la pobreza perfectas, la triple ley de los consejos evangélicos. No es este el lugar ni el momento de hacerles un tratado sobre cada uno de estos votos, pero me urge decirles que las hijas de la Asunción, estarán obligadas, quizá más que las de otras congregaciones, a alcanzar lo más íntimo y lo más

sobrenatural de esas virtudes, que María ha elevado al supremo grado del heroísmo.

La humildad de su obediencia deberá hacer que estén alegremente dispuestas a abandonar sus estudios y sus ocupaciones para aceptar, de manos de sus superiores, cualquier empleo al que quieran destinarlas. De tal modo que si alguna de Vds. llegase a reconocer que su atracción hacia la ciencia tiene su origen en algo de vanidad o de egoísmo, deberá comunicárselo a su superiora y solicitar, como gracia, los empleos más humildes de la comunidad, feliz así de librarse de los peligros del amor propio y de encontrar un refugio para su perfección en el santuario de la obediencia, de la renuncia y de la humildad.

Crean firmemente, mis muy queridas hijas, que la total sumisión de su voluntad propia, les abrirá los tesoros de la gracia y las luces de la fe. Si a ejemplo de quien dijo: «Soy la esclava del Señor, hágase en mi según su palabra», saben hacer de la humildad y de la obediencia perfectas, la característica más destacada de su congregación, crean también que encontrarán en ello la única fuerza que les ayudará a conseguir que sus alumnas superen el espíritu de este mundo, que es un espíritu de orgullo y de rebeldía. He aquí cómo comprendo su misión, he aquí lo único que puede merecer el título que aman de corazón: el de hijas de la Asunción de María.

La perfecta pureza de espíritu y de corazón, sin la cual la virginidad no es más que una palabra, tiene que ser también el mejor adorno de Vds. Ahora bien, estos lirios sin tacha, de una pureza más angélica que humana, sólo brotan en el terreno de una humildad y de una obediencia sublimes, porque la blancura del alma, que es su resplandeciente reflejo, nunca sería completa en un corazón oscurecido por las nubes del amor propio y empañado por el hábito de la desobediencia.

El orgullo y la desobediencia, cualquiera que sea el grado en que se manifieste, en una virgen consagrada a Dios, son ya una especie de mancha, ya que la rebelión del espíritu, por imperceptible que sea, no es más que un modo de voluptuosidad espiritual, y la misma

impureza no es más que el orgullo y la rebelión de los sentidos. Aprendan pues, mis queridas hijas, a gustar estas palabras del Apóstol: «Castificantes animas vestras in obedientia caritatis», purificando vuestras almas en la obediencia de amor; yo añado, y de humildad, sin la cual ni la obediencia ni el amor podrán ser firmes.

Una educación que libere de la tiranía de los criterios del mundo.

Esta blancura virginal de la inocencia y de la pureza perfectas, son tanto más indispensables a su instituto, cuanto que, por el objeto mismo de su vocación, tendrán trato continuo con familia y niñas modeladas, por así decirlo, en una sensualidad que destruye y devora el mundo.

Independientemente del germen del orgullo y de la sensualidad, que tendrán que combatir en las jóvenes, por culpa de la caída original, tendrán, además, que luchar con continua energía, contra las costumbres, los gustos y las inclinaciones precoces que habrán aprendido en el contacto con un mundo que, en nuestros días, sólo sueña con una perfección indefinida de su educación para encontrar en ella un nuevo alimento de su egoísmo y de sus pasiones. La autoridad de sus lecciones sería inútil para ellas, si el poder dignificador de una modestia angelical no las envolviese, no las penetrase, no las impregnase, por decirlo así, de pureza e inocencia.

¡Vean que influyentes han sido los atractivos de la pureza inmaculada de Nuestra Señora! Los perfumes de su inocencia virginal, son los que han atraído a tantas almas bajo el blanco estandarte del celestial Esposo. Hijas de la Virgen Inmaculada, deben, como ella, inculcar el horror al vicio y el amor a la virtud en los jóvenes corazones que vendrán a buscar, junto a Vds., unas enseñanzas que el día de mañana deberán combatir tantas seducciones. ¡Ay de su instituto, de Vds., de sus alumnas, si la capacidad dignificadora de la educación que les den, y sobre todo, los ejemplos que reciban, no las libren de la tiranía de las máximas, de los ejemplos y de las enseñanzas del mundo!

He visto a una niña de siete años, educada por una madre superficial y mundana, que delante de mí decía: «Sabes, mamá, que sólo me gustan tres cosas en el mundo: los espectáculos, los bailes y los grandes banquetes». A esta madre culpable no la preocupaba, como ven, la escalofriante enumeración de las cosas que su hija deseaba ya, con una vehemencia que tristemente sobrepasaba a su edad.

El alma y el cuerpo de las jóvenes se impregnan pronto del egoísmo sensual de la riqueza. Encontrarán a casi todas marcadas con el sello de la molicie del alma y del cuerpo; las malas inclinaciones que han crecido con ellas les consternarán de espanto, y la experiencia les enseñará que hay muy pocas niñas que no hayan perdido la inocencia de su edad por la influencia de torpes conversaciones oídas, o por malos ejemplos que se les han gravado, o por el veneno que han mamado, por así decirlo, con la leche en su infancia.

Si la Providencia está con nosotros en el instituto que proyectamos, necesariamente nos ha dispensado gracias y remedios para curar esta amplia llaga, fuente de todos los males de la familia, y de todos los desórdenes de la sociedad. Creo que encontrarán en la visita a los pobres y en la práctica de la caridad, uno de los medios más poderosos para estimular a sus alumnas a que combatan en ellas los refinamientos y los atildamientos de una naturaleza demasiado sensual; pero nunca alcanzarán plenamente su fin, si diariamente no llevan Vds. en su carne los estigmas sagrados de la mortificación de Jesucristo, y si no convierten su alma y su corazón en urna santa, llena de los suaves perfumes de la pureza virginal de su Reina celestial.

¡Ah! mis queridas y muy amadas hijas, hagan florecer los lirios de la castidad en sus apacibles retiros: riéguelos con la sangre que manó de las llagas de su bondadoso Salvador y con las lágrimas de Nuestra Señora. Declaren a la molicie del alma y a la del cuerpo una guerra que no podrá terminar más que cuando acabe su vida, acuérdense de que las hijas de la Asunción sólo deben brillar por su modestia, y no soporten nunca que el aire envenenado de las ideas, de los gustos y de los modales del mundo penetren en las tiendas de campaña que Vds. levantarán en medio de la sociedad moderna.

Si el árbol de su instituto se cubre de los frutos, que ya se han hecho escasos, de una humildad y de una obediencia perfectas, de una pureza y de una modestia angélicas, habrán colaborado mucho en la extensión del Reino de Jesucristo y de su Madre. Pero hay todavía otra virtud que debe hacer que sus casas sean incommovibles y que contribuya poderosamente a cristianizar la educación de las jóvenes: es decir, la santa pobreza, tan ensalzada por Jesús y por María.

La pobreza evangélica.

Consagradas por su estado al amor y a la práctica de esta virtud, no necesitan que les diga lo que constituye su esencia para un alma religiosa. Únicamente tengo interés en recordarles lo que ya les he dicho, con frecuencia de viva voz: que el espíritu de la perfecta pobreza debería ser más profundo, más vivo aún entre Vds. que las observancias de la pobreza misma.

Deseo, mis muy queridas hijas, y pido sin cesar a Jesucristo, su divino Esposo, que graven tan profundamente en su alma las máximas de la pobreza evangélica, de modo que todo en Vds. refleje su atractivo. Una comida pobre, vestidos pobres, un espíritu y un corazón santamente enamorados de la pobreza; he aquí lo que debe ser mil veces más precioso a sus ojos, que todos los tesoros de la tierra. Dios ha escogido a los pobres del mundo, porque son ricos en fe, para hacer de ellos los herederos de su Reino eterno. ¿Cómo podría aspirar al Reino de Jesucristo la Virgen consagrada a la pobreza evangélica, si su corazón no estuviese totalmente vacío de las máximas y de los afanes del mundo?

No apreciar nada, no amar nada, no perseguir nada, no desear nada de lo que apetecen, de lo que aprecian, o de lo que buscan y precorizan los hijos del mundo. Esta es la divisa de todo el que ama al Dios de los pobres.

Sin embargo, mis muy queridas hijas, les espera una tarea mucho más difícil, y si Dios quiere que la cumplan plenamente, tendrán una señal infalible de que su gracia trabaja y combate con Vds.

Una revolución fundamental.

Su misión con respecto a las hijas de los ricos deberá operar en sus almas una revolución fundamental. Formadas en la escuela del mundo y alimentadas con doctrinas anticristianas de los tristemente adoradores de las riquezas, tienen que llegar a comprender y a apreciar los santos criterios de la pobreza evangélica. Habrán traicionado su misión y malogrado su meta, si el espíritu mundano que embriaga a los ricos, a los afortunados, a los grandes y a los poderosos del siglo, les trastorna y les hace creer que, en la gran distribución de los dones de Dios, ellas han tenido una parte mejor que la de los verdaderos discípulos de Aquél que no tuvo donde reposar la cabeza. Sus lecciones y, más aún, sus ejemplos, les harán comprender que un átomo de gracia pesa más, ante Dios, que todo el oro del mundo; la única grandeza real, a sus ojos, deberá ser la de la virtud; será preciso que comprendan que el nombre que han recibido en el bautismo vale más que el de su familia, y que la única nobleza que deben estimar es la que nos hace hermanos de Jesucristo e hijos de Dios.

La mayor desgracia de una comunidad de Vírgenes consagradas por estado, a la educación de jóvenes que pertenecen a familias ricas, nobles e influyentes, sería dejar que prevalezca en ellas el orgullo de su posición, y el amor predominante de las costumbres, de las ideas y de los placeres del mundo. Esa comunidad no tendría el espíritu de Jesucristo, habría renegado de la pobreza del Reino, y al recubrir todo el paganismo mundano que las jóvenes han adquirido en sus familia, con una capa de prácticas cristianas, no conseguirán más que un mal incurable, colocándolo, por así decir, bajo el patrocinio de una religión que sólo ha ofrecido anatemas en relación al orgullo de las riquezas y a los placeres, con los que ellas alimentan y corroboran su atractivo.

Si la influencia de las enseñanzas y de los ejemplos que Vds., proporcionan no reformase, con los criterios del Pesebre, de Nazaret y del Calvario, el egoísmo innato de la joven, y no obtuviera en sus casas la humildad del evangelio y la sencillez cristiana, que las haga palpar y ver la sublime dignidad de los pobres en la Iglesia de Dios, no lo

duden, mis queridas Hermanas, su instituto llevaría en su seno un germen de muerte. Tengan, pues, cuidado, de que aquellas de entre Vds., que han tenido un nombre, una posición, riquezas, y una educación mundana, no sigan manteniendo vestigios de todo esto, por un último vínculo de egoísmo, que la gracia de su vocación santa no haya destruido todavía. Si, de verdad, son hijas de la luz, las que en el mundo estaban en los primeros puestos querrán ser las últimas en la comunidad; el único privilegio que querrán tener en ella, será el de la humildad más sincera y de un desapego más absoluto, y ambicionarán el honor de servir a sus hermanas, y de humillarse ante los pobres, a ejemplo de Aquél que siendo rico de todos los bienes de gracia y de gloria, se hizo pobre, y tan pobre, que no hubo nunca en la tierra un pobre tan desamparado como Él.

¡Ah! si estas virtudes, desconocidas para el mundo, permanecen en vuestra familia como una herencia de bendición, serán verdaderas hijas de la Asunción, porque manteniéndose ocultas a los ojos de los hombres, tales virtudes las elevarán, por la gracia, por encima de todos los bienes y de todas las grandezas que con tanto esfuerzo persiguen los hijos del siglo, que poseen con tantas angustias y que pierden con desesperante dolor.

V. IDEA FUNDAMENTAL: LA ENSEÑANZA CATÓLICA.

Emancipación intelectual de la mujer.

Antes de terminar este discurso, quizá ya demasiado largo, debo, mis muy queridas hijas, añadirles algo sobre la idea fundamental, que debe ocupar un primer puesto en el desarrollo de la instrucción religiosa que tienen que adquirir y que transmitir a sus alumnas.

Desde hace algún tiempo, no se habla en el mundo más que de la emancipación intelectual de la mujer. Por todas partes sólo se oyen quejas sobre el estado de ignorancia en que se las ha mantenido

hasta hoy. No se sueña más que con su liberación intelectual y moral, se las llena de libros con absurdas teorías, se halaga su vanidad ilusionándolas con un progreso tan rápido que asombrará al universo.

Este espectáculo, digno de inmensa compasión, da testimonio de la locura de nuestro siglo incrédulo, y cuando se ve a las mujeres, embriagadas por estas esperanzas, lanzarse con pasión al estudio superficial de lo que debían ignorar, y poner tan poco empeño en aprender lo que deberían saber, nos preguntamos cuáles serán las consecuencias prácticas y sociales de esta fiebre que se ha convertido, por así decirlo, en universal.

Lean el tratado de Fénelon sobre la educación de las jóvenes, Hermanas, y verán cómo el ámbito de la ciencia le parecía limitado en la enseñanza de la mujer. En sus tiempos sólo la nobleza confiaba a las niñas a comunidades de enseñanza, y en St. Cyr, en donde Mme. de Maintenon inició una pequeña revolución intelectual, ni siquiera se observa que las medidas científicas de la enseñanza estuviesen a la altura de lo que las jóvenes de la clase media reciben hoy en el más modesto de los internados. Y las mujeres de ese tiempo eran capaces de comprender a Bossuet, Bourdaloue, Pascal y todos esos importantes genios, que nuestras sabias modernas no sabrían ni siquiera leer ni apreciar.

Las jóvenes del pueblo aprendían a rezar, a leer, a trabajar; se hubiese considerado como un fenómeno raro el que supiesen escribir correctamente su lengua, y no he oído decir que eso haya perturbado la felicidad de las familias. Incluso, las mujeres escritoras, no superaban el estilo epistolar, y su poesía no sobrepasaba la égloga, la fábula o la narración breve. ¡Qué lejos de nosotros están esos tiempos! Las empleadas de los comercios saben gramática, historia, geografía, álgebra, dibujo lineal y geométrico, etc. Son músicas, componen obras en verso, dramas, cuentos, poemas, ¿qué sé yo?

Las clases altas nos ofrecen un espectáculo más singular todavía. A las jóvenes educadas en las familias de la alta sociedad o en internados, se les obliga a convertirse en verdaderas enciclopedias vivientes,

llegarán a la edad de dieciocho años y no sabrán hacer una camisa, un vestido o un gorro, pero habrán devorados todos los tratados de historia, habrán aprendido dos o tres lenguas, habrán escrito en prosa y en verso, serán artistas, pintoras y músicas.

Una joven a quien se quiera dar hoy una educación esmerada, como se la llama, estará sometida, desde su más tierna infancia, a una verdadera tortura intelectual. Hora tras hora, la pobre criatura se verá obligada a enfrentarse con la historia, la geografía, la física, las matemáticas, la filosofía, la literatura, el dibujo, el baile, la música, el inglés, el italiano, tal vez el griego y el hebreo. La pobre niña, convertida en víctima de esta desmesurada máquina de la educación moderna, verá pasar ante sí media docena de profesores que diariamente vendrán a empobrecer sus facultades, dispersando sus fuerzas. Nunca podrá establecer una clara conexión entre los conocimientos con los que la abrumen, nunca les dará un sentido unitario, que permitan ensanchar las fuerzas de su espíritu o de su corazón, de modo que este trabajo agotador, sólo hará de ella una autómatas, formada para emitir sonidos confusos, que no llegarán nunca a descubrirle la armonía.

He aquí, mis queridas hijas, lo que se llama en nuestros días, una educación amplia y esmerada.

Los salones mundanos y su nefasta influencia.

El árbol de esta falsa ciencia, plantado en la tierra de un sensualismo orgulloso, ha dado ya sus frutos de muerte. Vean las mujeres que llenan los salones de nuestras ciudades. Piensen en el espectáculo de sus ocupaciones, sus discursos, sus diversiones. Después de un día empleado en las futilidades de arreglarse, en la indolencia o en la molición, se presentan en nuestras reuniones sociales acicaladas como los ídolos de un templo pagano. El lujo insolente que ostentan irrita y ofende a las clases indigentes y trabajadoras, que mueren bajo los harapos de la mendicidad; y si el tiempo que pasan en los círculos mundanos no han transcurrido entre las habladurías de los celos, y

de las pasiones, se las verá recorrer, durante largas horas, todos los laberintos de corrompida literatura de nuestro siglo o, presumiendo de artistas ante las personas de un salón, rivalizar en aplausos y en fama con los grandes artistas de la época. Los salones escogidos por la mujer de moda se convierten en estudios de ingenio o en salas de ópera; allí se forjan las reputaciones de autores; allí se adjudica la gloria o el descrédito; y el autor de un drama, de un poema, de un gran sistema político o incluso religioso, viene, sin aprensión, a buscar junto a la mujer un salvoconducto y una recompensa que le estimule a realizar las obras más inmorales.

Esta educación dominante de nuestra época, pone de manifiesto que las costumbres de la familia están socavadas en sus cimientos, y que las mujeres han perdido la idea de su vocación social.

El único remedio que encuentro, mis queridas hijas, para este mal es un cambio total en la enseñanza y en la educación de las jóvenes.

Catolicismo y naturalismo.

La verdadera base de la educación de las jóvenes está en el catolicismo, convertido para ellas, como debe ser para cualquier ser inteligente, en la fuente originaria de la luz del espíritu y de la vida del alma.

En tanto en cuanto la instrucción científica y literaria de la joven no irradie sobre los dogmas y las enseñanzas de la fe, el fruto de una falsa ciencia la echará a perder; y si la vida cristiana no es el principio y el alimento de su alma, se convertirá en una plaga de la familia y de la sociedad.

La ciencia es un fruto que se desvirtúa rápidamente, si no se encierra en el vaso que contiene el bálsamo sagrado de la religión. Así pues, hay dos ciencias en el mundo, la ciencia humana y la ciencia divina; la de las cosas naturales estudiadas al margen de la fe, y la de Jesucristo, analizada tal como es, y que ha llegado a ser para la inteligencia el foco universal y central de toda verdad, de toda virtud y de

todo amor. De aquí se deducen necesariamente dos sistemas de instrucción, el método católico que tiene sus cimientos en la enseñanza de la Iglesia, columna de la verdad, y cuyo principio de interpretación es Jesucristo; y el sistema de la naturaleza, pagano y sensual, que se funda en la razón caída y en las sensaciones. En el mundo de las inteligencias se disputan estos dos sistemas, y su predominio determina el camino que seguirán los espíritus, y el de la vida y (o) el de la muerte de la sociedad.

Ahora bien, me pregunto ¿la teoría católica de la enseñanza rige en Francia la educación de las jóvenes? ¿La instrucción que reciben en las familias, en los internados, e incluso en las comunidades, se deriva fundamentalmente de la ciencia de Jesucristo tenido como la última palabra del mundo de la naturaleza, del mundo de la gracia y del mundo de la gloria?

No conozco en Francia ni un solo internado de jóvenes donde se haya tratado de cimentar el edificio entero de su educación en el catolicismo, planteado como elemento de todo lo que deben aprender en el orden de las ideas y de los actos, y como principio dignificador de la vida práctica en la que deben ser formadas.

Este desorden, mis queridas hijas, es debido a muchas causas que no son del caso de exponer aquí. Sin embargo, debo hacerles notar, que desde hace ya tres siglos la raíz sensual y pagana se ha introducido en las diferentes ramas de la educación moderna, y las domina casi por completo.

La literatura, la poesía, la escultura, la pintura, la filosofía, la historia, la política, se enseña en Europa, a partir de los Médicis y sobre todo después del protestantismo, únicamente según las teorías y producciones de la Grecia y de la Roma paganas.

El divorcio de la razón y de la fe, consumado por la Reforma y por la filosofía del siglo XVIII, hizo resucitar el naturalismo, que aún domina en la enseñanza. Todos los libros básicos están escritos según este espíritu, y he aquí por qué en el momento en que la educación de las

jóvenes ha empezado a ampliarse, en cierto modo a universalizarse, lo único que se ha logrado con esas fuentes nocivas, ha sido una instrucción completamente sensual, egoísta y pagana.

No hace aún mucho tiempo, era una creencia generalizada en Europa que el catolicismo no tiene nada que ver con los campos de la historia, de la política, de las artes, de las ciencias y de la poesía. Cuando apenas se ha comenzado a desdecirse de esta gran herejía, no es raro encontrar a hombres que, aunque ilustrados y de noble carácter, bajo la influencia de los prejuicios de su educación, se han prosternado ante los ídolos de la literatura y del arte pagano.

La Providencia, que sabe hacer volver a los grandes extraviados de la razón humana al designio de su eterna sabiduría, ha permitido esto que deploramos, para que después de haber visto todas las consecuencias que ha producido en el mundo, quede de manifiesto ante nuestros ojos que el cristianismo católico es la última palabra de la humanidad, para que tras haber sido saciadas de sufrimientos, las naciones cristianas aprendan a abandonar, para siempre, teorías que sólo engendran dudas en el orden intelectual y males sin fin y sin remedio en el orden de las realidades.

No está, pues, lejos el momento en que, a la vista de todos los métodos paganos de enseñanza, las familias que quieran librarse de la doble ruina de la inteligencia y de las costumbres, buscarán, para ellas y para sus hijos, un último refugio en el catolicismo plenamente comprendido y plenamente enseñado.

Este pensamiento tan fundamental es el que me une tan fuertemente a su obra, mis queridas hijas, porque al comprender todo esto, las veo dispuestas a entregarse con generosa perseverancia a este gran trabajo de la educación regenerada por las doctrinas católicas, que son la verdadera antorcha de todo lo que puede ser objeto en la educación de las jóvenes.

Hace mucho tiempo que sufro al ver cómo las instituciones civiles, eclesiásticas y religiosas, que se encargan en Francia de la educación

de la juventud, están lejos todavía del deseado día en el que se lleven a cabo la renovación en su enseñanza. En las misiones y en los retiros de los colegios, en los que predico desde hace ya veinte años, siempre he hablado en contra de la tiranía casi exclusiva de las letras y de la filosofía pagana, en la instrucción de la juventud. En todas partes, mis observaciones han encontrado simpatía y atención notorias; miles de sacerdotes, después de haber oído lo que yo decía sobre la restauración católica de los estudios, me han expresado la pena que sentían al ver a la juventud de los seminarios, de los colegios y de los internados, sometidos durante ocho o nueve años a la acción de métodos de enseñanza que no dejan, por decirlo así, lugar alguno a las tradiciones divinas, a la literatura sagrada, a los escritos de la Iglesia, y a los otros rayos de la luz de cristianismo.

Hombres ilustrados trabajan en Francia para incorporar la enseñanza a su verdadero principio, pero, que yo sepa, nada se ha intentado aún desde este punto de vista con respecto a la educación de las jóvenes, a las que se quiere, sin embargo, iniciar en el estudio de las letras en una medida mucho más amplia de lo que era habitual hasta ahora. Fundar una familia de vírgenes para llenar esta laguna, y para ayudar a este sector tan interesante de la sociedad, nos ha parecido, pues, una necesidad de nuestra época. Felices son, mis queridas hijas, si la divina Providencia les ha escogido para llenar esta hermosa misión.

Algunas consideraciones generales sobre una teoría católica de la enseñanza.

Quisiera presentarles ahora algunas consideraciones generales sobre una teoría católica de la enseñanza para las hijas de la Asunción.

El hombre no puede, intelectual, física y moralmente, considerado, bajo el dominio exclusivo de las fuerzas que le quedan a partir del pecado original, ir muy lejos en la adquisición de la verdad absoluta o relativa. Si se encuentra apartado de las tradiciones divinas, apartado de la gracia y de la fe, nunca saldrá de las tinieblas heredadas, que

se han formado en su entendimiento. Las tradiciones puramente humanas, las enseñanzas de las escuelas filosóficas, las inducciones de la razón podrán conducirles al conocimiento de cierto número de verdades de orden puramente natural, pero nunca la razón, ni las tradiciones humanas, ni las enseñanzas de las escuelas le darán la imagen completa del mundo, y ni siquiera de la naturaleza.

Si estos principios son católicamente ciertos, mis muy queridas hijas, bastarán para probar irrefutablemente que es imposible basar una teoría completa de la verdad natural sólo en la razón. Ahora bien, recuerden este axioma teológico de Santo Tomás, que con frecuencia les he explicado y que dilucida esta cuestión. Dice así: «Que la verdad de Dios, buscada por la sola razón, no es accesible más que a un reducido número de personas, tras largas meditaciones y laboriosos esfuerzos, siempre mezclados con cantidad de errores».

El espectáculo del Universo, las tradiciones universales de la humanidad, los métodos de análisis y de inducción lógica ponen de manifiesto, sin duda, con fe humana, la existencia de un Dios creador y conservador del Universo, así como algunas otras verdades de la religión y de las ciencias naturales; pero, repito, estos únicos instrumentos, en tanto en cuanto no hayan sido purificados por la antorcha de la revelación católica, no llegarán nunca al mundo sobrenatural de la gracia, y dejarán siempre que permanezcan densas brumas sobre las mismas verdades de las que han conservado importantes y palpables vestigios.

Antes de Jesucristo, Dios no era conocido más que en Judea, con un conocimiento firme y sin mezcla de errores. Lo mismo ocurría con todas las importantes cuestiones que atañen a la naturaleza del hombre, a su origen, a sus deberes y a sus destinos. Las leyes de la sociedad y las del mundo no poseían tampoco una enseñanza positiva, completa ni cierta más que en las tradiciones mosaicas.

Hoy, sólo la Iglesia, divina heredera de todas las antiguas revelaciones, está investida de autoridad infalible para enseñar al hombre toda la verdad. He aquí pues, para el discípulo de Jesucristo,

el único origen de la ciencia considerada en todas sus manifestaciones.

Ahora bien, la verdad, católicamente comprendida, abarca tres órdenes muy claros, y vinculados entre sí por íntimas analogías. Existe la verdad del mundo de la naturaleza, la verdad del mundo de la gracia, y la verdad del mundo de la gloria.

Esta división, que es la más general posible, puede ella sola desarrollar una teoría completa de enseñanza. En este círculo, mis queridas hijas, es en el que se deben concentrar Vds., uniendo así al estudio de la religión el de los conocimientos humanos, que después, gradualmente, deben transmitir a las jóvenes, según la medida de su capacidad y de su vocación social.

No se trata de que Vds. hagan un curso completo de teología, de filosofía, de literatura, de ciencias, en fin, de cada rama de los conocimientos humanos, sino que todo lo que Vds. aprendan debe irradiar de la enseñanza de la fe con respecto a este triple mundo de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

La verdad del mundo de la naturaleza incluye a Dios, al hombre, a la sociedad, y a toda la creación en tanto en cuanto puedan ser conocidos con las solas luces de la razón.

La verdad del mundo de la gracia comprende a todos los seres en sus relaciones sobrenaturales con Dios.

La verdad del mundo de la gloria tiene por objeto enseñarnos en qué consiste el último fin de los elegidos, llamados a contemplar sobrenaturalmente a Dios, percibido en toda su plenitud.

Toda enseñanza religiosa, científica o moral tiene necesariamente relación con uno de estos tres mundos, o más bien quizá con los tres a la vez, puesto que están inseparablemente unidos entre sí; y nunca podemos formular nada fuera de este círculo universal de la verdad.

En otros términos, toda ciencia consiste en conocer a Dios como autor de la naturaleza, como autor de la gracia, y como autor de la

gloria; y yo sostengo que, en tanto que este triple elemento no domine la enseñanza, nunca poseeremos una teoría completa de la verdad.

Pero el mundo de la naturaleza, desde la caída del hombre, no puede ser conocido por la sola razón sino muy imperfectamente. Una experiencia de sesenta siglos no deja ninguna duda a este respecto.

Será preciso estudiar la verdad natural a la luz de la revelación y bajo la autoridad de la Iglesia docente.

El mundo de la gracia tiene su centro en el conocimiento de Jesucristo, y sólo la Iglesia nos da la noción completa de Jesucristo.

El mundo de la gloria, en fin, se abre solamente a los elegidos, y no podemos conocer sus riquezas más que a través de las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia.

VI. MEDIOS PARA PROPORCIONAR UNA ENSEÑANZA VERDADERAMENTE CATÓLICA.

La ciencia sagrada y el estudio del latín.

He pensado, mis queridas hijas, que para llegar a un método católico de educación para las jóvenes de las clases elevadas, es necesario introducir a las religiosas de la Asunción en el ámbito de las ciencias sagradas por el estudio de la lengua latina suficientemente comprendida para abrirles los tesoros de la teología, de la liturgia y de los libros sagrados de la Iglesia.

Esta experiencia es ya, para su obra, una realidad adquirida, pues saben que, en menos de seis meses, varias de Vds. han llegado a comprender fácilmente el latín de algunos Padres de la Iglesia, de los Concilios y de la Biblia. Esto es suficiente; no tenemos que buscar

sutilezas, un tanto peligrosas, en la lengua de Horacio, de Virgilio y de Ovidio. Estos poetas serán desterrados de nuestra casa, y si la hermana encargada de enseñar el latín de la Iglesia quiere profundizar sus estudios hasta llegar a comprender a oradores e historiadores de la antigüedad pagana, lo hará solamente con la autoridad de sus Superiores.

La poesía de los libros sagrados, la de las lecturas y la de los himnos de la Iglesia suplirán para nuestras hermanas a la poesía de los siglos de Pericles y de Augusto. Por otra parte, las alumnas que quieran estudiar en sus colegios lengua latina, lo harán únicamente con el fin de instrucción católica, dejando a la juventud de otros centros durante el tiempo que pasa, o mejor dicho, el tiempo que pierde, impregnarse de la poesía del paganismo.

Un resumen bien hecho de los tratados de Santo Tomás sobre Dios, sobre los Ángeles, sobre el hombre, sobre la Trinidad, sobre la gracia, sobre la Encarnación, y sobre los Sacramentos se expondrá diariamente, durante una hora, a las novicias de la Asunción, que repetirán de viva voz la lección de su maestra y la escribirán después para no olvidarla.

La historia de la Iglesia, la literatura sagrada de la Biblia y la lectura de los Padres de la Iglesia irán a la par con la teología, y durante todo el tiempo de su noviciado, las religiosas de la Asunción tendrán todos los días una lección sobre estos diferentes temas.

El estudio de la historia, de la geografía, de la literatura antigua y moderna, estará siempre orientado hacia ese doble fin que son los dogmas y la historia de la Iglesia, considerada tanto antes como después de Jesucristo, de modo que estos conocimientos puedan ser analizados por las jóvenes novicias, sin exponerlas a que sus almas se insensibilicen y pierdan de vista a Jesucristo al que queremos encontrar por todas partes.

El latín de la Iglesia, los compendios de teología, la historia de la Iglesia, la poesía bíblica y legendaria serán para las religiosas de la

Asunción un estudio habitual para todos sus miembros. Pero las materias secundarias, tales como la gramática, la aritmética, la historia de los diferentes pueblos, la geografía, el dibujo, la música, el estudio de algunas lenguas vivas, etc., serán obligatorias sólo para aquellas que sean destinadas según su aptitud, y su afición a enseñar con fruto, una de estas especialidades. Éste será el medio de formar buenas maestras. Pero que cada una de ellas, considere como un deber no apartarse nunca del ámbito de la revelación, cada vez que sea preciso buscar la razón filosófica de la materia que se enseña, como habrán tenido cuidado de indicárselo durante el noviciado.

Así, mis queridas hijas, gracias al estudio de la lengua de la Iglesia, nuestra pequeña familia podrá ser iniciada en todas las ramas del catolicismo, con una facilidad maravillosa y sin ningún peligro respecto a los deberes de la vida religiosa, que, ante todo, debe ser para Vds., lo primero, y de este modo llegaremos a la unidad católica de la enseñanza.

La Vulgata, el Breviario romano y otros libros de piedad.

La Vulgata, el Breviario romano, el Misal, el Ritual, el Pontifical, el Catecismo del Concilio de Trento, compondrán la biblioteca latina de las hijas de la Asunción. Estos libros son los únicos que la Iglesia entera propaga en todas las naciones católicas, a través del sacerdocio que los usa diariamente. Por ellos la Iglesia ha resuelto el problema de una lengua verdaderamente universal. Recorred la tierra, en todas partes se leen, en todas partes se cantan, en todas partes se reza con ellos; nos iluminan, nos forman, nos instruyen, y nos santifican.

La Vulgata es el libro por excelencia, el que contiene de un modo eminente la ciencia sagrada; y la Iglesia no reconoce, no propaga, y no autoriza ninguna otra traducción de la Biblia.

Dentro del plan católico de enseñanza que las hijas de la Asunción deben explicar, buscarán en la Vulgata la verdad religiosa, la moral,

el culto, los principios de civilización y de legislación de los pueblos. Será para ellas el origen de la poesía, la guía de la historia, el libro de la elocuencia, del arte, de la ciencia, en una palabra, el libro universal. Estudiado a la luz de las tradiciones y de las enseñanzas de la Iglesia, la Sagrada Escritura será para ellas como un arca santa de la que brotarán torrentes de luz y de vida.

La parte dogmática de los Libros Sagrados, la parte poética, la parte histórica, la parte moral y religiosa constituirán para las novicias una serie de puntos culminantes a los que se unirán el estudio y la lectura de la Vulgata.

Así podrán comprender este libro, el único inspirado por Dios a los escritores sagrados. Se convencerán prácticamente de la superioridad de la Biblia sobre todos los libros conocidos; comprenderán y harán comprender a sus alumnas que la elocuencia de la Biblia supera toda elocuencia, que su poesía domina toda poesía, y que su filosofía divina ofusca a toda sabiduría humana. Aprenderán a buscar en ella la ciencia de Dios, del hombre y de la creación, considerada bajo la triple relación de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, de manera que puedan alimentar la inteligencia, la imaginación, el espíritu y el corazón de la joven con un alimento divino, que las hará hartiarse para siempre de esta poesía y de estas literaturas paganas y corruptas de los libros antiguos y modernos, en los que predomina un elemento de sensualismo y de incredulidad.

Traducir y hacer traducir los fragmentos más bellos de la Vulgata, explicarlos, interpretarlos, hacerlos apreciar a sus alumnas será también un deber para las hijas de la Asunción; y por ese camino grabarán en su memoria los hechos que más nos interesan como cristianos, las bellezas innumerables de las que la Biblia está llena, y sobre todo, las máximas y los ejemplos que puedan influir tanto en el corazón y en la vida entera de las jóvenes. Este estudio, encerrado en los límites propios de la misión restringida de la mujer en el campo del saber, estará, para ellas, lleno de atracción y de utilidad, y no dejará de ejercer en sus ocupaciones intelectuales una influencia en sumo afortunada.

Cuando se les halla explicado con especial atención las nociones cristianas sobre la belleza con relación a las artes de la imaginación, cuando se les haya hecho comprender que hay en la Biblia un océano de poesía para el artista, para el pintor, para el músico, para el poeta y para el orador, podrán las mujeres, sin peligro, idear para los momentos de ocio agradables y útiles distracciones, y el amor de las Cartas Sagradas que San Jerónimo tanto recomendaba a la Virgen Eustaquia, las salvará del tedio, de la monotonía del mundo tan agobiadora, de su vanidad, de sus ilusiones y de sus escándalos.

La música de los cánticos de Moisés, de Dévora, de Judit, de Tobías, de David, de Salomón, la del Benedictus, del Magnificat, del Nunc dimitis, etc., serán el foco de los estudios musicales de nuestra casa. Nuestras capillas resonarán en los días de grandes solemnidades con estas divinas melodías, y así nos veremos libres de esos cantos de hechura clásica y a veces pagana, cantados con aires sensuales, que recuerdan los cantos profanos de las reuniones mundanas.

El estudio del Breviario romano, mis muy queridas hijas, les hará conocer los extractos más admirables de los Santos Doctores, las lecturas más emotivas, las más poéticas, las más edificantes de la historia de los santos de la Nueva Ley. Deseo que se alimenten de esta lectura, para su formación religiosa, porque no conozco nada tan apropiado para proporcionarles la clave de los textos del Antiguo y Nuevo Testamento, en la que se encuentran aplicados los distintos misterios que la Iglesia conmemora, y poder así exponer ante sus hijos el desarrollo del año litúrgico.

Sería de desear que, en nuestras casas, se tratase de comprender bien el Oficio de cada fiesta a medida que se van celebrando. De este modo la comprensión de la teología fundada en la Biblia, en los santos Doctores, en las oraciones y en la palabra de la Iglesia que se expresa en el Breviario romano, se desarrollará, se ampliará de un modo especial entre Vds. Al mismo tiempo, los himnos sublimes de su Oficio ocuparán un lugar destacado en la música y en la poesía religiosa de sus casas y de sus internados.

El Breviario es por excelencia el libro de la oración católica, de los dogmas y de la moral puesta en práctica en la vida de los santos. Es el libro del sacerdote, del religioso, de todas las órdenes contemplativas femeninas: que sea también el suyo, mis queridas hijas; esfuercense en ahondar, por un santo y serio estudio, en todas las riquezas de esas admirables palabras que Vds. rezan cada día con la Iglesia, y que los mismos Ángeles envidiarían, si no pudiesen unirse a Vds. para cantar ante su Esposo celestial, el eterno hosanna de su gloria.

El Misal romano es el libro por excelencia del culto católico. Es, quizá, el más hermoso libro que posee la Iglesia después de la Vulgata. La Iglesia, habla en él su propia lengua, lengua de fe, de esperanza y de amor. ¡Oh! cuánto compadezco a la generación que se educa en nuestros seminarios menores y lo ignoran completamente.

Ahí están reunidos, mis queridas hijas, según el orden de los misterios, de las solemnidades y de las fiestas, que se celebran en nuestros templos, los rasgos del Antiguo y del Nuevo Testamento, las máximas, las promesas y las profecías sagradas que los caracterizan y que con ellos se relacionan. Los Introitos, las Oraciones, las Secretas, las Postcomuniones, sobre todos los Prefacios, son, para mí, la palabra humana elevada a su más alto grado de esplendor. Mediten este libro. No se cansen de beber en esta fuente inagotable; familiarícense con los suspiros ardientes que expresa la Iglesia en una lengua sublime, elevada y resplandeciente de poesía y de riqueza.

¡Oh! qué conmovedor y qué maravilloso espectáculo nos ofrece el sacerdocio católico, diseminado por el mundo entero, dirigiendo a Dios, a través del Breviario y del Misal, la oración de todos los pueblos cristianos, y haciendo resonar en todos los templos un mismo grito de esperanza, de arrepentimiento, de lamento, de dolor y de amor.

¿Por qué no se les dará a conocer estas oraciones, que tan eficaces son en el corazón de Dios, a unas religiosas llamadas, por su vocación, a una especie de sacerdocio regenerador de la mujer cristiana?

El culto litúrgico.

Soy yo mismo, hijas mías, el que se encargará, con grato consuelo, de iniciarles en la participación de las riquezas divinas ocultas en los libros de la liturgia católica. Dios me concederá la gracia de inspirarles su atractivo, y entonces poseerán la verdad y la ciencia sin que peligre su humildad ni su fervor. Sentirán consuelo al poder seguir al pie del altar las oraciones que la Iglesia dirige a su celestial Esposo por boca del sacerdote, al poder unir cada día su alma a las oraciones de esta Madre, que implora a su Padre y a su Dios, por los hijos que su gracia y su fe le han concedido

El Oficio de las diferentes solemnidades de la Iglesia se completa a la vez con el Breviario y con el Misal. El altar del presbiterio, el corazón del sacerdote y el de la virgen, consagrada por los votos de la Religión, son dos altares desde los que se sube hacia Dios, por Jesucristo, el incienso de las adoraciones, de la esperanza y del amor, para descender a la tierra como lluvia de gracia y de bendiciones.

Haciendo un paralelismo continuo, entre las oraciones del Breviario romano y las del Misal, encontrarán una unidad que constituye un tratado admirable sobre el objeto y el fin de los diferentes misterios del año litúrgico.

El Oficio de Adviento y los textos del Misal, para este tiempo de clamores y de espera, son la expresión más elevada de los deseos ardientes de la esposa por la llegada del esposo. Nada hay más delicado, más apremiante, más fogoso que el grito de sus esperanzas, que las quejas de sus amorosos suspiros.

El Oficio de Cuaresma y las Misas de este santo tiempo, no respiran más que penitencia, dolor y esperanza de perdón. En la Semana Santa la Iglesia nos hace oír, en su Breviario y en su Misal, las más tristes lamentaciones, los gemidos y los sollozos más penetrantes. Un océano de tribulaciones y de amargos sufrimientos es lo que se revela a través de su palabra sagrada. Las grandes ceremonias, los Oficios

del Jueves, del Viernes y del Sábado santo sobrepasan en palabras de dolor y de amor cuanto puedan imaginarse. Ahí, todo es tristeza para el alma, emoción para el corazón, ciencia y grandeza para el pensamiento, magnificencia para el entusiasmo y para la admiración. Las lamentaciones de Jeremías, los reproches dolorosamente profundos que la Iglesia, frente a su Esposo clavado en la Cruz, dirige a los que le han dado muerte, son el eco más penetrante de las angustias del Calvario.

El Oficio y la Misa del día de Pascua y de su octava celebran el misterio de la Resurrección del Salvador con una solemnidad, una poesía, un esplendor que nunca será igualado... Pero no terminaríamos jamás, de poner de relieve las inagotables bellezas del Misal y del Breviario, amplias y profundas como las olas del mar.

La Trinidad, la Ascensión, Pentecostés, se reflejan en ellos con toda su profundidad y con toda su magnificencia. Santo Tomás ha superado todas sus obras maestras en el Oficio del Santísimo Sacramento, y en las fiestas de la Santísima Virgen, en donde se dan a conocer todo el esplendor de sus virtudes, de sus gracias y de sus destinos. Y todas estas maravillas son tesoros inexplorados, incluso por aquellos que deberían distribuir las riquezas a los pueblos tibios. Respecto a Vds., hijas mías, éste es el camino que recorrerán, esta es la rica llanura en la que recogerán todos los frutos de la gracia. Y cuando ya su alma haya bebido en estas fuentes, que brotan y que son inagotables, de la verdadera elocuencia y de la verdadera vida, y cuando haya apagado su sed, en las fuentes del Salvador, ya no comprenderá ni siquiera el atractivo de las literaturas humanas, totalmente impregnadas de un frío naturalismo.

El Pontifical y el Ritual completan, con el estudio asiduo del catecismo Romano, esta ciencia verdaderamente divina que la Iglesia ha depositado en los libros sagrados, que encierran, lo digo con profunda convicción, la última palabra de Dios y del Universo, considerados bajo la triple relación de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Pecado y gracia.

El Ritual romano, contiene las bendiciones y los exorcismos de la Iglesia sobre la materia, sobre el niño que acaba de nacer, sobre el hombre dominado por el espíritu del mal; incluye los ritos que acompañan a la administración de todos los sacramentos.

Ahora bien, mis queridas hijas, saben que hay ahí toda una teoría sobre la liberación de la naturaleza, del hombre, de la familia, todo un tratado de la más elevada filosofía sobre el mundo de la naturaleza y sobre el mundo de la gracia.

Después del pecado la naturaleza quedó manchada, gime, da a luz con dolor, está sumergida en la esclavitud del mal; todos sus elementos están alterados y corrompidos desde su origen. Los espíritus de las tinieblas reinan en un mundo perdido y sobre el hombre caído. Hay que atribuir a su imperio las plagas de este mundo, a quienes la Verdad misma ha llamado príncipes; son ellos los que han depositado ese mal germen de corrupción, de sufrimiento y de desorden que tiende incesantemente a desarrollarse en el seno de la humanidad, así como también en el seno de la creación.

He aquí el mundo de la naturaleza, tal como es. He aquí ese mundo tal como es al margen de la gracia, y, sin embargo, sólo en este mundo, se quiere reducir toda la ciencia, todos los conocimientos y todos los estudios del hombre.

Pero observen, mis queridas hijas, a la luz sobrenatural, cuyos resplandores proyecta el Ritual romano, cómo el mal está subyugado, cómo el hombre y la naturaleza han sido liberados, regenerados, aquí en la tierra por la gracia y por la sangre de Cristo, en espera de que lo sean para siempre en la gloria.

Lean las oraciones del Ritual sobre el agua, sobre el pan, sobre todas las sustancias materiales, sometidas a la acción del infierno por el pecado del hombre, y verán que empiezan por liberarlas del mal, para después comunicarles, por la Cruz de Jesucristo, una virtud

sobrenatural, elevándolas así por la Cruz hasta el mundo de la gracia. ¡Qué creación, qué maravilla si lo comprendiéramos!

Los elementos corrompidos del mundo material, una vez liberados de la tiranía del mal y del infierno, se convierten en elementos de nuestros misterios divinos, y en la materia de los sacramentos más sobrenaturales. Así el agua, la sal, el pan, el vino, el aceite, el bálsamo, todas estas sustancias de la vida humana se convierten, por las bendiciones del sacerdote, en signos y en canales sagrados de la gracia y de la vida sobrenatural; se les comunican las más prodigiosas virtudes, y los ángeles caídos, vencidos en el centro mismo de su dominio, ven derrumbarse su poder ante el de la Iglesia eterna.

El Ritual contiene también las oraciones, los ritos, las ceremonias de los exorcismos. Este aspecto tenebroso de la humanidad es un hecho universal. En todas partes y siempre se ha creído en el terrible poder de los genios del mal, y todos los cultos idolátricos no han sido más que una espantosa consagración de esta fe universal. La magia, las evocaciones, los sortilegios, los maleficios, la posesión o la obsesión han desolado y atemorizado a la tierra. Pero allí donde se ejerza el ministerio del sacerdote católico, allí donde la Iglesia pueda llegar con las oraciones y las bendiciones del Ritual romano, estos terribles misterios serán subyugados y aniquilados.

El Ritual incluye procesiones, ceremonias admirables para vencer las plagas que devastan las cosechas y que arruinan las esperanzas del labrador; y si esas grandes calamidades de la naturaleza, el granizo, las tormentas, las inundaciones, los incendios, los trastornos de las estaciones, asolan las regiones católicas, hay que achacarlo a la débil fe de los pueblos que devuelven al infierno su poder sobre esta materia sometida por el pecado, y que sólo el poder de la cruz puede liberar.

La Iglesia, en fin, nos da aun en su Ritual unas armas poderosas contra la peste, las hambrunas, las enfermedades, ya que al colocar al hombre, a los animales y a todo germen de vida física bajo la acción

de sus bendiciones y de sus oraciones, los libera del mal y destruye todos los principios de muerte que pudieran contener.

Ahora bien, diganme, mis queridas hijas, si no hay en estas consideraciones toda una filosofía sobre la liberación de la naturaleza, sobre su rehabilitación, sobre su espiritualización y su progreso.

Los sacramentos.

Pero debemos considerar al hombre, por un momento, bajo el dominio regenerador del Ritual católico. Vean a este niño, veinticuatro horas después de nacer, que viene a pedir la vida de la gracia a la puerta de nuestros templos. Antes de que la Iglesia haya intervenido, ¿cuál es su estado físico y moral? ¿Puede existir una miseria más profunda, más digna de piedad?.. Únicamente se manifiesta en él la vida animal, y ¿en qué estado, Dios mío!... Es la vida animal que acaba de nacer; gritos, lágrimas, sonidos confusos e inarticulados, el vago movimiento del dolor, el espectáculo de todas las humillaciones. Y su alma está como perdida bajo esta masa informe, que deja apenas percibir los primeros signos del orden y de la armonía físicos. Pero la visión cristiana percibe otra cosa. Esta alma, este cuerpo, son el tabernáculo del pecado. Satanás es el dueño de esta pobre criatura. Es un ser caído, malo, manchado, degradado por el mal, por la rebeldía que ya vive en él. Este es el hombre tal como lo ha hecho la naturaleza, pero veamos ahora lo que puede hacer la gracia para su regeneración.

Sigan Vds. todas las ceremonias del bautismo. Contemplan con los ojos de la fe esta lucha de la Iglesia contra Satán; meditan esas oraciones, esas ceremonias, esos exorcismos, que preceden al bautismo del niño. Su lengua, sus ojos, su boca, sus orejas, todos sus sentidos son purificados y liberados; se les libra del mal; el demonio pierde su dominio; luego el agua sagrada que se derrama en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo opera en su alma y en todo su ser una regeneración divina. Marcado con la señal de la Cruz, el niño forma parte de la tribu santa; todos los gérmenes de la vida sobrenatural se

depositan en su alma, queda incorporado a la Iglesia y a Jesucristo; se convierte en hijo adoptivo del mismo Dios, y la inocencia de los ángeles penetra en su corazón. A medida que crezca, nuevos sacramentos vendrán a fecundar y a dilatar en su alma la gracia que recibió en el bautismo.

La confirmación recibida de manos del obispo, le infunde el Espíritu Santo con todos sus dones; fortalece su alma y le prepara para los combates de la vida y de la virtud. Soldado de Jesucristo llevará sobre su cabeza el signo sagrado de la victoria, y fuerte con la fortaleza de lo alto, no se avergonzará nunca de su fe ni de su Dios.

La Eucaristía alimentará su alma con el pan de los ángeles, con la misma sustancia de Jesucristo, porque convertido en hijo de Dios, necesita un alimento divino para desarrollar esa vida.

La penitencia extirpa las enfermedades, cuyo germen funesto ha dejado la concupiscencia en el cristiano regenerado, pero sometido a la ley de la prueba. Corta las ramas parásitas que crecen todavía en ese árbol injertado en Jesucristo.

La Extremaunción acaba de purificar el alma del cristiano moribundo; le devuelve al cuerpo la salud, si fuese necesaria aún para su salvación; le da nuevas fuerzas para sostener los últimos combates de la muerte y para triunfar de ella.

El Orden y el Matrimonio fundan y perpetúan la sociedad pública confiriendo al hombre la paternidad del cielo o la de la tierra. El sacramento del matrimonio instituye la unión conyugal haciéndola indisoluble, establece a la familia en la caridad y en la virtud, y hace de ella la base de todas las instituciones, el más sólido cimiento de los estados.

Ahora bien, les pregunto, mis muy queridas hijas, al considerar el Ritual bajo estos magníficos puntos de vista, ¿no podría convertirse para Vds. en el libro por excelencia de la filosofía del hombre y de la naturaleza, considerados bajo el imperio de la gracia divina?

El Pontifical romano.

Hagámonos ahora una idea justa y precisa del Pontifical romano, esta obra maestra de la liturgia católica, que contiene todos los elementos de la civilización cristiana.

La consagración de los Pontífices y de los Reyes, la consagración de los sacerdotes y de los templos, la de los Superiores monásticos, la de las vírgenes, en fin, estos otros templos de Cristo, son el objeto del Pontifical. Ahí están, mis muy queridas hijas, todos los elementos que civilizan las sociedades de la tierra, y es imposible englobar a la humanidad en un orden de perfeccionamiento sobrenatural, sin el indispensable auxilio de estas grandes potencias regeneradoras y sociales.

Ningún poder de la tierra podría compararse al de los Obispos ni, sobre todo, al del Jefe supremo del episcopado. A ellos y sólo a ellos les corresponde consagrar a los sacerdotes, bendecir los templos, consagrar a los jefes de los imperios. Ahora bien, la sociedad religiosa, la sociedad civil y pública no pueden existir sin sacerdotes, sin templos, sin culto, sin poder civil y político. Son, pues, los Obispos a quienes Dios ha encargado de los destinos humanos y divinos de este mundo, y cuanto más plena y más perfecta sea su acción, tanto más avanzarán los pueblos hacia el apogeo de su felicidad y de su gloria.

Mediten ahora con atención las oraciones, las ceremonias, los ritos majestuosos que se emplean en la consagración de aquellos en quienes Dios ha depositado la plenitud del poder espiritual.

Desde la tonsura hasta el sacerdocio, observarán una serie de oraciones, de consagraciones, de ceremonias santas que elevan, que purifican al levita, aumentando gradualmente su potestad, hasta el día en que el Pontífice, al consagrarle le comunique el inefable poder de consagrar el cuerpo de Jesucristo, de predicar el Evangelio, de administrar los sacramentos y de bendecir al hombre, a la familia y a todos los elementos de este mundo alterado y caído.

Pero nada iguala en magnificencia, y en simbolismo religioso a la consagración de los templos católicos.

El lugar que deben ocupar las piedras con las que están contruidos, todo lo que corresponde a la estructura de nuestras basílicas, todo cuanto forma parte del culto, se purifica, se santifica por medio de ritos admirables llenos de misterio y de significado.

Y ¿que hay más necesario para la sociedad religiosa, para las manifestaciones sociales del culto divino, que el sacerdocio y los templos?

La Iglesia Católica con sus campanas consagradas y bendecidas, con su altar donde el Dios del Cielo descansa bajo los velos del Sacramento, con su cátedra de Verdad, sus tribunales de misericordia, sus fuentes bautismales, su mesa Eucarística, sus amplias naves, su presbiterio, es el elemento más poderoso y más fecundo de la verdadera civilización del mundo. Ahí se revela la oración pública a través de sus grandes manifestaciones, por el adorable sacrificio, por el canto de los salmos, por la bendición de los pueblos, por todas estas solemnidades sagradas cuya majestuosa grandeza nada puede igualar.

En nuestros templos se reúne la familia cristiana para nutrirse de verdad, de gracia y de misericordia, para recibir el perdón, para rezar y suspirar en este valle de lágrimas. Ahí los hijos de una misma madre vienen para aprender a conocerse, a amarse, a unirse en una misma fe y en un mismo culto; en la mesa Eucarística, sobre todo, la sociedad cristiana encuentra la medida de la igualdad y de la caridad fraterna. También ahí se celebran los grandes misterios de nuestra fe con tanto esplendor y grandeza, que su recuerdo se graba para siempre en las almas.

Nuestros templos son la patria de las artes dirigidas a su verdadero destino. La campana, con su voz grandiosa, celebra el nombre del Dios de los ejércitos. El órgano, este rey de los instrumentos, esta maravilla del genio católico, suspira, canta, se estremece, truena, gime, por todas las almas y con todos los acentos. Los cantos sagra-